LS
A4738am.2
Álvarez Quintero, Serafín
Amores y amorios.

738am.2



PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

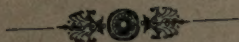
DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

Amores y amoríos

COMEDIA EN CUATRO ACTOS



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1910

Copyright, 1909,
by S. y J. Álvarez Quintero.

ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE COMO



JOYA PRECIOSA

EX-LIBRIS

M. A. BUCHANAN

AMORES Y AMORÍOS

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LS
A4738am.2

AMORES Y AMORÍOS

COMEDIA EN CUATRO ACTOS

DE

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

Estrenada en el TEATRO AVENIDA, de Buenos Aires, el 10 de Octubre de 1908



488855
31. 3. 49

MADRID
R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11
Teléfono número 551
1910



A muchas

y á ninguna.

Los Autores.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ISABEL	María Guerrero.
DOLORES	María Cancio.
JULIA	Catalina Bárcena.
NIEVES	Elena Riquelme.
MATILDE	Concepción Robles.
IRENE	Luisa García.
CECILIA	Carmen Jiménez.
MERCEDES	Aurora Le-Bret.
JUAN MARÍA	Fernando Díaz de Mendoza.
DON LEONCIO	Francisco Palanca.
DON ALEJANDRO	Alfredo Cirera.
LAURO	Manuel Díaz.
JORGE	Mariano Díaz de Mendoza.
MOYITA	Ricardo Vargas.
RAFAEL	Ramón Guerrero.
CIUTTI	Carlos Allen-Perkins. (1)

(1) En Madrid sustituyó á Carlos Allen-Perkins en la representación de este papel, en el Teatro de la Princesa, José López Alonso.

ACTO PRIMERO

Pomposo y ameno jardín de una posesión de recreo que tiene en tierras andaluzas don Leoncio Herrera, caballero castellano.

En el primer término hay una explanada semicircular, formada por sólidos poyetes cubiertos de azulejos árabes. En el centro mismo, cortando la curva, se abre una calle de verdes macizos de arrayan, cortada á su vez á derecha é izquierda por otras calles más angostas. Aquí y allá, entre los macizos, descuellan lozanos naranjos en flor y altos y pintorescos rosales.

Es una noche clara del mes de Mayo.

El jardín está solo. Hacia la izquierda del actor, óyense lejos las diez en un reloj de torre, y á poco la voz de un ZAGALILLO que canta.

Zagal.
Por tu cara rebonita
te ha comparao mi amó
á la primera estreyita
que sale ar ponerse er só.
Tienes unos dientes
como chinitas de río
limpitos y relusientes.

Isabel. Dentro, hacia la derecha, llamando. ¡Lauro!... ¡Lauro!...

Sale LAURO por el primer término de la izquierda. Es un viejo

recio, de tostado rostro, jardinero y guardián de la finca desde hace veintitantos años y hombre experimentado y prudente.

Lauro. ¡Mande usté, zeñorita! Por la vereda central se acerca un poco hacia la derecha, y desde allí habla con Isabel. A esta no se la ve, pero por su voz solamente se adivina que es guapa.

Isabel. ¿Quién canta?

Lauro. ¡Ah! Pajarito. Pajarito le dicen.

Isabel. ¿Pajarito?

Lauro. Es un zagaliyo de quince años, hijo de zeñó Juan, er guarda que por las noches vigila estos contornos. Cuando zeñó Juan ze pone malo ó tiene quejaceres... que ziempre viene a zé á los finales e mezes, cuando cobra... Al decir esto empina el codo. manda pa que lo zupla á Pajarito.

Isabel. Ya.

Lauro. Er zeñó Juan, usté lo habrá oído, canta la hora de cuando en cuando como los zerenos, porque azí ze lo tiene mandao mi zeñó, y er zeñó Yorente, el amo de la finca frontera; pero Pajarito dice que ér no canta la hora aunque lo jagan tiras, y que prefiere cantá una copla ca media hora que paze. Y la canta porque le zale der pico. Se oye la risa de Isabel, que contribuye á robustecer el concepto que de su belleza se forma por su voz. Cozas de esta tierra, zeñorita. ¿Ze le ofrece á usté argo más cormigo?

Isabel. Nada más, Lauro. Muchas gracias.

Lauro. Pa zervirla estamos. En son de elogio. To quié zaberlo, to le prezocupa, y por to ze intereza... Va á irse por donde llegó.

Por el primer término de la derecha aparece en esto DOLORES, su mujer, vieja servicial y solícita si las hay.

Dolores. Atiéndeme, Lauro.

Lauro ¿Qué tripa te ze ha roto?

Dolores. La zeñorita Izabé y er zeñorito don Alejandro, ¿ze van por fin mañana á Madrí?

Lauro. Ze van

Dolores. Yo, como el amo quería que ze estuvieran aquí argunos días más...

Lauro. Zí; pero don Alejandro—zin fartarle—tiene en vez de cabeza un ladriyo—zin fartarle—y ha dicho ya que ze va mañana, y mañana á las tres tiene que está er coche enganchao.

Dolores. Ay, pos me vi á poné corriendo á hacé la maza.

Lauro. ¿Qué maza?

Dolores. Que quieo que ze yeve la zeñorita ziquiea medio ciento de *zuspiritos de Zanta Tereza.* En Madrí no come ezos durces ni por zoñación, y tienen que gustarle mucho.

Lauro. Ah, vamos.

Dolores. Zólo que ze me ha ocurrío á úrtima hora, y zon mu entreteníos, y la maza necezita batirze mu bien y lo menos trez horas de horno. Tú no le digas na.

Lauro. ¿Yo? Ezo es coza tuya.

Dolores. Es que zi no me zalen como pa que los coman los reyes de España no ze los prezento. Va a irse y vuelve. ¿Cómo has dicho?

Lauro. No he despegao mis labios.

Dolores. Me quizo parecé. Se marcha por donde salió, hablando sola, ilusionada con el futuro exito de confitería.

Lauro. Ayá va eya, que no ve más que durzes en doz horas. Relia un cigarrillo y lo enciende. Ze ha creío que los zeñores van á poné en Madri una confituría.

Salen por una de las calles de la derecha DON LEONCIO y DON ALEJANDRO, antiguos camaradas y amigos. Ambos rayan en los sesenta años, pero don Leoncio parece mas viejo. Su especto físico es revelador de su antagonismo moral. Don Leoncio es de blanda cera y don Alejandro de bronce.

Don Leoncio. Nada, nada; insisto. Se resolverá lo que quiera Isabel.

Don Alejandro. Isabel no quiere nunca más que lo que yo quiero.

Don Leoncio. No te hagas ilusiones.—Lauro.

Lauro. Zeñorito.

Don Leoncio. ¿Salió mi hijo?

Lauro. ¿Er zeñorito Juan María? No, zeñó: por to lo hondo der jardín está pazeándoze. ¿Lo yamo?

Don Leoncio. Sí.

Don Alejandro. No. ¿Para qué molestarle? ¿Y mi hija?

Lauro. ¿La zeñorita Izabé? Ahora mesmo hablaba conmigo desde zus barcones. ¿La yamo?

Don Alejandro. No.

Don Leoncio. Sí.

Don Alejandro. ¡No!

Lauro. Los zeñores dirán.

Don Alejandro. Que no; que no.

Lauro. Zervidó de los zeñores. Se retira por la izquierda.

Don Leoncio. Ya ves, y quieres irte: mis criados te hacen á ti más caso que á mí.

Don Alejandro. Es que Lauro es un hombre muy serio.

Don Leoncio. Muy serio; pero criado mío.

Don Alejandro. Yo he simpatizado grandemente con él. Echamos largos párrafos. Tiene una gravedad, un empaque... y una opinión tan personal y tan segura sobre todas las cosas... Es el andaluz más serio que he conocido.

Don Leoncio. Es que los andaluces que salen serios, son serios hasta delante de los toros. Acuérdate de Rafael, que parecía que iba á decir misa cuando se abría de capa.

Don Alejandro. ¡Ja, ja, ja!

Don Leoncio. A este Lauro lo tengo á mi servicio desde que compré esta finca de *Los Rosales*, hace ya veinticinco años. Es hombre fiel, de ley, y un jardinero como hay pocos. Y como á los hombres no los malean más que las mujeres, y la suya es tonta de capirote, no hay temor de que Lauro cambie.

Don Alejandro. ¿Veinticinco años hace ya que tienes esta finca, Leoncio?

Don Leoncio. ¡Ay!... Veinticinco años, Alejandro. Veinticinco primaveras con esta he pasado ya en ella. Quiere esto decir que hace veinticuatro que estás quedando mal conmigo.

Don Alejandro. Yo no quedo nunca mal con nadie.

Don Leoncio. Conmigo, sí. ¡Mira tú que un cuarto de siglo ofreciéndome año tras año venir á pasar una temporada, y hasta ahora no haberme cumplido tu ofrecimiento! Y cuando te digo que me acompañes unos días más, te me sales por peteneras.

Don Alejandro. Ni por peteneras ni por tangos. Te prometí estar á tu lado veinte días y veinte días he estado ya. Mañana me voy. Hacer otra cosa sería una flaqueza de la voluntad.

Don Leoncio. ¡Habrá majadero! Cuando lo agradable en el mundo es decir: «¿Que había pensado esto? ¡Pues voy á hacer todo lo contrario!»

Don Alejandro. Eso será agradable para ti, que siempre has sido un tarambana.

Don Leoncio. ¡Lo que no soy es una libra de chocolate, con el peso justo, como tú! Y sobre todo, mamarracho, vete ya solo norabuena á tostar castañas, pero déjame aquí á Isabel.

Don Alejandro. No insistas, porque bien me conoces. Volveré otró año, y pasaré contigo el tiempo que á ti y á mí nos acomode. Ahora, transcurridos ya los veinte días, no transijo.

Don Leoncio. ¿Ni por tu hija, que está encantada aquí?

Don Alejandro. Por mi hija menos que por nadie. Cabalmente la educo en esta fortaleza de la voluntad, que debe traslucirse aun en los hechos más sencillos de la vida: en esta fortaleza de la voluntad que á mí me ha hecho hombre.

Don Leoncio. ¿Que á ti te ha hecho hombre? ¡Si tú no eres hombre, Alejandro! ¡Tú eres una piedra de molino!

Don Alejandro. Más duro soy aún. Y á ti te consta.

Don Leoncio. A mí nada me consta; ni falta. Me irritas, me exasperas. Por supuesto, ¿qué se puede esperar de un señor que no ha tenido en su vida más que una novia?

Don Alejandro. ¡Ja, ja, ja! Una nada más; ciertamente. Pero, dime: ¿por cuántas valía?

Don Leoncio. No es ese el caso: es el hecho ridículo de no haber tenido más que una. Como valer... ya lo creo que valía por un millón. ¡Y cuánto me la recuerda Isabel!

Don Alejandro. ¿Verdad?

Don Leoncio. Mucho. Por fuera... y por dentro.

Don Alejandro. Sin embargo, Isabel es más vehemente, más apasionada, más entera de alma que fué su madre: más parecida á mí.

Don Leoncio. ¡Claro!

Don Alejandro. La madre era dulce, suave, todo ternura...

Don Leoncio. No sé cómo cargó contigo, mastuerzo.

Don Alejandro. Ahí verás. A su cariño debo el ser como soy, y el ser lo que soy. Si mis padres y mi familia toda no se me hubieran puesto enfrente, declarándome una guerra sin cuartel, cuando supieron que vivía con ella, sólo porque ella era hija del pueblo, yo tal vez no habría sido en el mundo más que un señorito rico que pasa su vida ociosamente. Pero como me encontré fuera de mi casa á los veinte años, aislado, solo, y ciego por aquella mujer, á ella me abracé firmemente y ella me salvó. Su cariño fué mi estímulo y mi consuelo. Tú no sabes lo que es trabajar sin descanso día tras día, y que haya unas manos de mujer que enjuguen el sudor de tu frente. Tú, el escéptico, el humorista, el

mujeriego, no sabes lo que es vivir para una, creer solo en una, adorar en una nada más... besar en unos labios sólo... ¡Cuánto calor, que otros como tú desparraman en tantas bocas, se pone en esos besos! Y aquellos besos, primero de amante y luego de marido, labraron una dicha firme, segura, fuerte, porque labraron á la vez un corazón y una voluntad Y yo también, como tú por Andalucía, tengo por Asturias una casa de campo: y no se llama *Los Rosales*, como esta; se llama como ella se llamaba: *Isabel*. Y mi fábrica se llama *Isabel*, y mi hija se llama también *Isabel*. Y es porque *Isabel* se llama mi vida entera.

Don Leoncio. ¡Bravo, Alejandro, bravo! A pesar de tu cabeza broncínea eres un hombre de corazón. Le estrecha las manos. ¿No te irás mañana, verdad?

Don Alejandro. Sí, Leoncio, sí: ¿no te he dicho que sí?

Don Leoncio. ¡Vaya! Es inútil. Ni haciendote cosquillas en el sentimiento. ¿A qué hora se te piden á ti los favores, mi alma?

Don Alejandro. A ninguna. Porque no hago favores: ni los pido. Ni doy consejos: ni los tomo. Cada cual que sea dueño y señor de sí. Y yo me voy mañana.

Don Leoncio. A ISABEL que aparece por la derecha en el fondo ¡Isabel! ¿Tú oyes esto, Isabel?

La presencia de ISABEL confirma la opinión que al oir su voz y su risa se ha formado de su persona.—DOLORES sale detras de ella y se queda un poco rezagada.

Isabel. ¿Otra vez de pelea? ¿Pero que siempre han de andar ustedes como el perro y el gato?

Don Leoncio. ¡Naturalmente! ¿Crees tú que se pueden llevar de otra manera un alcornoque y un hombre de sentido común?

Don Alejandro. Sólo que falta saber quién es el alcornoque.

Don Leoncio. Te faltará á ti: yo lo sé desde que te conozco.

Don Alejandro. Bueno, bueno; vete á tostar castañas, como tú dices.

Don Leoncio. Escucha.

Don Alejandro. No quiero. Isabel, hija mía, Dios te dé paciencia para aguantarlo.

Isabel. Pero oye, papá.

Don Alejandro. ¡No oigo! ¡Son ya dos horas de monserga! ¡Me voy á la huerta á respirar tranquilo! ¡A oir cantar los grillos, que me gustan mucho!

Dolores. ¿Que le gustan los griyos, dice?

Don Leoncio. ¡No estás tú mal grillo cebollero! ¡El diablo que te lleve!

Don Alejandro. ¡Con tal que no te lleve á ti á la par, que me lleve en buen hora! **Vase de estampía por la izquierda. Isabel ha presenciado la escena riendo cariñosamente.**

Don Leoncio. Admiremos la grandeza de Dios... que echa al mundo á ese hombre... para que luego nazca esta mujer.

Isabel. ¡Ja, ja, ja! Pues le advierto á usted, don Leoncio, que somos dos gotas.

Don Leoncio. ¡Vamos, calla! ¿Qué habeis de ser dos gotas, criatura? Es decir, podeis serlo: él de vinagre, y tú del mejor vino del mundo.

Isabel. ¡Qué galante!

Don Leoncio. Genio y figura...

Dolores. Con permizo, zeñorita Izabé.

Isabel. ¿Qué hay, Dolores?

Dolores. Los cogoyitos de claveles, como están agarraos, ze los vi á poné á usté en un cajoncito pa que yeven bastante tierra, ¿zabe usté?

Isabel. Bueno; como vayan mejor.

Dolores. Er que tendrá que dí en la misma maceta ez er naranjito; zi no, va á perderze.

Isabel. No, por Dios; el naranjito no me lo llevo.

Dolores. ¿Me va usté á hacé á mí eze dezaire? ¡Zi ze mete ande quiera! En un rincón der coche ze lo pone á usté Lauro y nadie lo ve.

Isabel. ¿Qué ha de caber en un rincón del coche?

Dolores. Güeno, pos le zaca usté biyete; pero usté ze lo yeva Otra coza. Las monjitas der Carmen me han mandao con la demandadera un porroncito de mier de caña. Eze porroncito es pa usté.

Isabel. ¿Más dulces, Dolores? ¿Usted sabe los que me llevo ya?

Dolores Pos aguarde usté, que toavía...

Isabel. No, no, no. En serio; más dulces, no. Por los clavos de Cristo, don Leoncio: póngale usted un freno á esta mujer. Mire usted que hay una sala baja llena ya de cosas, y se empeña en que he de llevármelo todo.

Don Leoncio. Y te lo llevarás, no te quepa duda.

Dolores. ¡Ya lo creo que ze lo yevará!

Don Leoncio. ¿Tú ves á tu padre, que se encastilla en que mañana os vais, y os vais mañana sin remedio? Pues lo que Dolores se haya propuesto regalarte, cargas con ello aunque no quieras. Yo conozco á mi gente.

Dolores. Zi no le he preparao más que una mizeria. Lo que ze dice na. Cuatro docenitas de porvorones; otras cuatro de *peyizquitos de monjas*; un cajoncito de carne de membriyo; otro de jalea; un medio ciento de *coronitas de fraile*; las tortitas de aceite, los pestiños, las yemitas de coco... Ya le digo á usté: una mizeria.

Isabel. Usted lo ha oído: una miseria.

Dolores. Enterneciendose. ¿Zabe usté lo que yo ziento, zeñorita? No poderle dá á usté lo que usté ze merece y es mi voluntá. Pos zi tengo er corazón traspazao, na más en penzá que ze va usté mañana. Hasta luego, zeñorita, hasta luego. Vase por la derecha gimoteando.

Isabel. Pobre mujer: es de lo más bueno que hay.

Don Leoncio. ¡Oh! Aún te queda una escena sublime: la de la despedida. La verás llorar como si fueran á matarte. En ella tengo puesta mi esperanza de que perdais el tren: porque como se te agarre al cuello á la hora de partir, trabajillo va á costar separarla.

Isabel. ¡Qué buen humor tiene usted siempre, don Leoncio!

Don Leoncio. ¡Siempre! Pago la misma contribución que teniéndolo malo, y vivo más á gusto ..

Isabel. Se burla usted hasta de su sombra.

Don Leoncio. Pero ¿tú crees que mi sombra á mis años no es para burlarse de ella?

Isabel. Cuánto daría yo por ser como usted.

Don Leoncio. ¿Tan vieja, muchacha?

Isabel. Me refiero á la condición: al carácter. A usted todo debe de salirle por una friolera.

Don Leoncio. Casi todo.

Isabel. Pocas serán las cosas que tome á pechos.

Don Leoncio Muy pocas. Hay tan pocas en la vida que lo merezcan...

Isabel. No diga usted eso. Si todo cuanto se ve y se conoce reclama un poco de nuestro corazón. Y no es lo malo que lo reclame, sino que se lo lleva. Ya verá usted mañana qué dúo vamos á cantar Dolores y yo.

Don Leoncio. ¿Tú también?

Isabel. ¡Claro, don Leoncio! ¿Piensa usted que después de estos veinte días pasados aquí puedo yo marcharme sin sentirlo? Quiero ya este jardín y esta casa como si hubiera nacido en ellos.

Don Leoncio. Pues tuyos son desde el palomar hasta la huerta Aquí los tienes á tu voluntad y á tu capricho. Que si á ti te encanta el paraje, pregúntale al paraje lo que le parece de ti.

Isabel. ¡Oh! ¡Si hablaran los rosales, y los naranjos, y los limoneros!...

Don Leoncio. ¿Qué dirían?

Isabel. ¡Qué sé yo! Muchas imprudencias, probablemente. Imagine usted: ¡veinte días paseando mis pensamientos entre ellos!...

Don Leoncio. ¡Buena semilla está! Pues oye: por si fructifica, el año que viene vuelves aquí, te hartas de

comer naranjas y limones y de oler rosas, y así gozas de tu propio jugo. Y tu padre, que ha discurrido mucho por entre los limones agrios—como era natural—que se coma también todos los que quiera.

Isabel. Riéndose. ¡Ya pareció mi padre! Suspirando. ¡Ay!... Sí que es esto hermoso... y simpático. ¿Usted viene todos los años, verdad?

Don Leoncio. En primavera, todos. Y en otoño, algunos.

Isabel. En primavera, todos... y en otoño, algunos... ¿Y siempre lo acompaña á usted?

Don Leoncio. ¿Quién?

Isabel. Juan María.

Don Leoncio. ¿Mi hijo? ¡Quiá! No es posible contar con él para nada crónico. Mis hijas, sí; esas me visitan casi todas las temporadas con los maridos y la gente menuda. Pero este bailabonicas de Juan María apenas si se deja ver por esta hermosura de Dios.

Isabel. Cosa más rara... en un poeta... ¿Baila... qué le ha llamado usted?

Don Leoncio. Bailabonicas.

Isabel. ¿Y qué es eso?

Don Leoncio. Un término que he aprendido yo de Lauro. Así llama Lauro á mi hijo. Bailabonicas. Ello lo dice: uno que no baila más que á las bonicas.

Isabel. Sí, sí... En los versos de Juan María ya se advierte, se advierte esa afición. Se ve que ha bailado bastante.

Don Leoncio. Y ha hecho bien. Es lo único que no le pueden quitar á uno: lo bailado.

Isabel. ¡Qué bonitos versos escribe! Y cómo se parece él á sus versos. A mí me gustó tanto su libro, que me aprendí muchas poesías de memoria. Yo creo, don Leoncio, que en ninguna cosa como en los versos se transparenta mejor el alma de un artista.

Don Leoncio. Es verdad. Y ahí tienes tú lo más es-

timable de los de mi hijo: que son suyos: que son sinceros.

Isabel. Sí.

Don Leoncio. Yo celebro mucho que los escriba. Aunque no sea más que por la novedad asombrosa del caso en España: un hombre que tiene dinero... y hace versos. O al revés: que hace versos... y tiene dinero. Ya es milagro. Además, esta de los renglones cortos, entre todas sus manías artísticas, es la más arraigada en él. Y eso algo significa, ¿no?

Isabel. ¡Qué linda es aquella rima de las reliquias!

Don Leoncio. ¿Cuál?

Isabel. Aquella que dice:

De aquel amor guardo siempre
como reliquias sagradas,
una *rosa* y un *recuerdo*,
un *suspiro* y una *lágrima*.
Misterios de mi ternura:
guardo lo que nadie guarda.
Oyeme: duerme la *rosa*
de un libro en las hojas pálidas;
la contemplo, y de tu imagen
nace el *recuerdo* en el alma;
y del *recuerdo*, el *suspiro*;
y del *suspiro*, la *lágrima*.

Don Leoncio. No está mal eso, no está mal. Bien que como yo soy el abuelo de la rima, mi voto es recusable.

Isabel. ¿Y.... y:..?

Don Leoncio. ¿Y qué?

Isabel. Yo soy curiosísima, don Leoncio. ¿Quién es... quién era ..? Vamos, ¿á quién le dedicó esos versos?

Don Leoncio. ¡Uh!... ¡Vaya usted á saber! A lo mejor, á una con quien habló en el teatro una noche y no ha vuelto á ver más.

Isabel. No lo creo yo así. Hacen mucha impresión

esos versos para que no hayan salido de muy hondo. Como otra composición que hay en el libro que me interesa á mí, todavía más que por ella misma, por la musa de carne y hueso que la haya podido inspirar. Se refiere á una mujer caída.

Don Leoncio. Je. ¿La sabes también de memoria?

Isabel. Sí, señor.

Don Leoncio. Dímela; á ver si puedo iluminarte.

Isabel. Es un soneto.

Quisiera ser el aire que amoroso
se mezcla en tus suspiros y en tu aliento;
quisiera ser la luz de tu aposento,
de todas tus miradas codicioso.

Quisiera ser el eco misterioso
que recoge su música á tu acento;
y tu imán para todo movimiento,
y tu tranquilo lecho de reposo.

Quisiera ser el alma de tu vida,
y tu sangre en tus venas extendida,
por ser todo en tu ser y en tu belleza.

Y por verme feliz y á ti dichosa
devolviendo á tu cuerpo la pureza,
quisiera ser el Dios que te hizo hermosa.

Me hace llorar siempre que la digo. ¿Qué mujer es esta cuya impureza es el tormento de un amor que parece tan grande?

Don Leoncio. Pues... tampoco lo sé. Algo me figuro, pero no lo sé. ¿Quieres que se lo preguntemos?

Isabel. No, por Dios.

Don Leoncio. Pues ¿qué tendría de particular? A buen seguro que nos contestaría con pelos y señales.

Isabel. No se figure usted tampoco que yo tengo un interés vivísimo... Es que la conversación ha ido por ahí.

Don Leoncio. Ya, ya. Anda, vamos nosotros á pasear un rato por el jardín antes de retirarnos. ¿Quieres?

Isabel. Sí, señor: encantada. No se lo había propuesto á usted porque no se cansase.

Don Leoncio. ¿Cansarme yo de ir al lado tuyo? Lo contrario no digo.

Isabel. Más vale que no lo diga usted.

Echan á andar del brazo y se van por el foro, hacia la izquierda

Don Leoncio.

Quisiera ser el viento que...

Isabel. No; no es así, don Leoncio; no es así.

Quisiera ser el aire que amoroso
se mezcla en tus suspiros y en tu aliento;
quisiera ser...

Desaparece con el viejo repitiendo los versos de Juan María. Este sale por el segundo término de la izquierda, no como quien huye, pero sí como quien esquiva un encuentro con Isabel. La ve alejarse y luego se encamina á llamar á Lauro.

Juan María. Lauro. Lauro.

Sale LAURO por el primer término de la izquierda.

Lauro Hola, Juan María. ¿Qué hay?

Juan María. Vamos á ver: ¿tienes mucho que hacer esta noche?

Lauro. Fuera de dormí con mi mujé, lo que tú me mandes.

Juan María. Poca cosa; pero te necesito.

Lauro. Abre la boca ya.

Juan María. Estoy de *pava.*

Lauro. ¿De *pava?*

Juan María. De *pava.*

Lauro. Espantárame á mí que zu paternidá no fuera fraile, como decía mi agüela. Por zupuesto que ya me lo había maliciao. Misteriosamente. ¿Es con la zeñorita Izabé?

Juan María. ¡No, hombre!

Lauro. ¿Que no?

Juan María. ¡Quita allá! ¿A quién se le ocurre?... Es en el pueblo, ¿sabes?

Lauro. Me cogí los deos con la puerta.

Juan María. Te los cogiste. Se trata de una pava sin consecuencias. Jarabe de pico nada más. Natural desahogo de mi corazón de poeta. Yo no puedo verme en Andalucía y dejar que pasen estas misteriosas noches de Mayo sin hablar en una ventana con una mujer. La reja la inventó el amor.

Lauro. ¡Güen bailabonicas eres tú! Cuando no zon rozas zon claveles. Y ¿á quién le ha tocao la pedrá?

Juan María. Hombre, á cada cosa le das su nombre justo; yo te llevaba á la Academia de la Lengua. La pedrada le ha tocado esta vez á una mujer divina.

Lauro. Eze pormenó ya estaba en caza: tú no te detienes nunca en las arcachofas.

Juan María. Nunca. Es una morena blanca... que para los relojes. Tiene los ojos negros; muy negros. El cabello, muy negro también y muy brillante, le cubre las sienes. Una patillita suave le bordea la oreja, y un poquitito de bozo el labio superior.

Lauro. ¿Cuál es er zuperió?

Juan María. Los dos son superiores; pero el del bozo es el de arriba. Y para mayor hechizo, viste de luto, como la Petenera.

Lauro. Apaga la luz. Eza es Frasquita la del estanco: la viuda.

Juan María. La misma que viste y calza.

Lauro. ¡Bendito zea er Zeñó! ¡Métaze usté en er zaguán, que truena! ¡Y que una mujé que ha enterrao á zu marío jace tres mezes, zarga ya á la ventana a hablá con un hombre! ¡La grandízima pirandona!

Juan María. Te diré: no la juzgues tan de ligero. Es una mujer muy prudente. Lo primero que quiere es cubrir las formas; no dar que decir. La prueba es que me recibirá en la ventana á la una de la noche: cuando ya duerma todo el mundo en el pueblo.

Lauro. ¿A la una, eh?

Juan María. A la una. Es una *pava* de alivio de luto.

Lauro. ¿Y á las dos ze entornará la ventana y ze abrirá la puerta e la caye?

Juan María. No anticipes juicios temerarios. Aparéjame la jaca y espérame con ella á la misma puerta del jardín. Yo saldré de aquí sin que nadie me sienta y volveré al amanecer sin que nadie me oiga. ¿Estás?

Lauro. Hasta er tuétano.

De izquierda á derecha, por el fondo, pasa ISABEL. Al pasar saluda á Juan María.

Isabel. Buenas noches, Juan María.

Juan María. Muy buenas noches, Isabel.

Isabel. Hasta mañana.

Juan María. Hasta mañana. Que descanses.

Silencio.

Lauro. Miá qué pazaita más curioza.

Juan María. ¿Temes que haya escuchado?...

Lauro. No. Zino que ha tenío zu *aqué* la pazaita.... No lo niegues.

Nuevo silencio.

Juan María. ¿Qué dices?

Lauro Na. Los dos estamos como en miza También la zeñorita Izabé—dispenzando la comparanza—para los relojes.

Juan María. Y los hace andar, Lauro.

Lauro. Es guapa.

Juan María. Es guapísima. Es la única mujer á quien le he huído yo en este mundo.

Lauro. Explica ezo. ¿Le juyes de guapa que es?

Juan María. Le temo, sí. Le temo por lo que me atrae. Aquí, donde la casualidad nos ha reunido, esquivo los momentos de encontrarme solo con ella. No es mujer con la que se pueda jugar... y, francamente, aún no quiero yo salirme de la rueda.

Lauro. Ya estoy puesto Y te digo una coza: que zi ezo es azí como es, toavia le juyes poco.

Juan María. Fortuna que se va mañana.

Lauro. No hay minuto zeguro.

Juan María. No me asustes.

Lauro. Con estas mujeres de esta forma, paza que te pones á hablá, y ar principio e la converzación estás en una fuentecita clara: hasta er fondo lo ves. Pero zigue er palique, y la fuentecita se güerve un arroyo, y zopla el aire, y del arroyo te cuelas en er río zin zentí; y como vas á favó e corriente, que ze va mu á gusto, cuando menos lo pienzas has pazao la barra, y te ves en medio en medio e la má, con el agua á la boca, que no hay quien te zarve zi no ez eya.

Juan María. Sabes más que Lepe.

Lauro. Esta cencia de las mujeres la enzeñan las canas. Mientras er pelito no tordea, no ze entiende una palabra de ezo. ¿Qué miras pa ayá?

Juan María. Está cerrando su balcón.

Lauro.

¡Quién tuviera la zuerte
que tiene la luz,
que ze apaga y ze quea
donde duermes tú!

¡Vaya copla!

Juan María. ¡Vaya copla!—bien dices. Todos mis versos los daba yo porque fuera mía. ¡La suerte que tiene la luz!.. La luz la contempla, la acaricia, la envuelve... y al apagarse, al morir, junto á ella se queda. ¡Divina musa popular!—¿Qué miras tú ahora?

Lauro. Que zu mercé ha levantao un viziyo, y me malicio yo que no ha zío pa quitarle una arruga.

Juan María. Pues no mires. *Silencio.* Sí, sí; es mejor que se vaya mañana. Es muy hermosa, muy hermosa... No haga el amor una trastada de las suyas. ¡Ay, Lauro! ¡Vale tanto esta libertad de mi corazón!... A esa quiero, á esta olvido, engaño á aquella, enamoro á la otra... ¡Deliciosa red la de los amoríos, de la que logran escapar

los pájaros con sólo sacudir un poquito fuerte las alas! Lauro, tú que tanto sabes, ¿crees que un gran amor vale la esclavitud?

Lauro. Te diré: ¿tú has visto á los mataores e toros en las tardes e mieo? «Yévamelo ayí; dos metros más acá; no tanto; zacalo de las tablas; quítamelo der zó; pórmelo en la zombra...» Arma mía, zi eres tú er que tiene que acabá con é, porque no caen rayos que los maten, ¿á qué lo pienzas tanto? Pos aplica er cuento, Juan María: zi con las mujeres ar fin y ar cabo ze jinca er pico, ¿á qué conducen tantos arrodeos?

Juan María. Cállate, que vienen ahí mi padre y don Alejandro.

Lauro. Ya no chisto ziquiera.

Juan María. A mi cuarto me voy. Así que todos se recojan...

Lauro. En la verja me tendrás con la jaca.

Juan María. Hasta luego.

Lauro. Hasta luego.

Vase Juan María por el primer termino de la derecha. Por el segundo ó tercero de la izquierda llegan DON ALEJANDRO y DON LEONCIO.

Don Alejandro. Da pereza acostarse, pero hay que descansar. Me gusta luego disfrutar de las horas de la mañana.

Don Leoncio. Buenas noches, Lauro.

Lauro. Güenas noches. ¿Los zeñores mandan arguna coza?

Don Leoncio. Nada: puedes retirarte.

Lauro. Hasta mañana zi Dios quiere.

Don Alejandro. Adiós.

Lauro va á marcharse por la izquierda, á tiempo que por la derecha sale DOLORES, y al verla se detiene. Dolores oculta algo bajo el delantal.

Dolores. Zeñorito don Alejandro.

Don Leoncio. Viendo venir la nube. ¡Anda morena!

Don Alejandro. ¿Qué se ofrece, Dolores?

Dolores. Que antes dijo usté una coza *delante mía*, y lo que *delante mía* ze dice no ze lo yeva el aire.

Lauro. Contemplándola. ¿Por dónde zardrás tú?

Don Alejandro. ¿Qué dije? No recuerdo.

Dolores. Aquí lo tiene usté. Rompe el misterio del delantal y le presenta á don Alejandro una grillera con un grillo precioso.

Don Alejandro. ¿Qué es eso?

Dolores. Un griyo.

Don Leoncio suelta la risa. Lauro, por todo comentario, mueve filosóficamente la cabeza.

Don Alejandro. ¿Un grillo? Y yo, ¿para qué quiero un grillo?

Dolores. Pa que le cante á usté. ¿No dice usté que le gusta mucho el oirlos?... Este canta como un tenó.

Don Leoncio. Sí, sí: pónselo á don Alejandro en la mesa de noche.

Don Alejandro. ¡Un demonio!

Dolores. ¿Va usté á despreciármelo?

Don Alejandro. No es desprecio, Dolores.

Dolores. Pero ¿me lo va usté á despreciá?

Don Alejandro. Si no es desprecio, digo. Es que ya nos ha regalado usted muchas cosas. Buenas noches. A don Leoncio. Anda tú para allá y no te rías tanto.

Don Leoncio. Yéndose con don Alejandro por la derecha. ¿No he de reirme, hombre? ¿Tú has visto nada más gracioso en tu vida?

Se retiran, comentando el suceso. Dolores mira alternativamente a ellos y á Lauro, un poco anonadada.

Lauro. Cuando se ve solo con su costilla. Yo no me río porque me da coraje. Paece que tienes ocho años, Dolores. ¿A quién ze le ocurre, á un zeñó más zerio que un libro e miza, ofrecerle un griyito?

Dolores. Yo, como ze fué de aquí diciendo que ze iba á oirlos cantá...

Lauro. Eres tonta perdía. Arza á acostarte.

Dolores. ¿Ande vas tú?

Lauro. Arza á acostarte ya.

Dolores. Escúchame una coza primero.

Lauro. A vé.

Dolores. De los *zuspiritos de Zanta Tereza* me ha zobrao una poquita e maza; y con una poquita de armiba que de esta mañana me quedó, vi á vé zi hago mañana dos docenitas de *bocaditos de viuda*. ¿Le gustarán á la zeñorita Izabé?

Lauro. Zi no le gustan á la zeñorita Izabé le gustarán á don Alejandro; y zi no, ya los aprovechará Juan María. Tú has de yevarte jaciendo confites hasta que pite er tren... Con que anda á acostarte; y tira er griyo, no lo vayas á meté en la arcoba, que bastante tengo contigo.

Dolores. No te zofoques, hombre. Ande hay patrón, no manda marinero.

Márchase Lauro por el foro, hacia la izquierda, y Dolores por el primer término del mismo lado. Queda la escena sola. A poco, óyese cantar otra vez al ZAGALILLO.

Zagal.

Nos hasemos ilusiones
de separarnos tú y yo,
y hay un hilito invisible
que nos amarra á los dos.
Tienes una boca
que seria quita er sentío,
y si te ríes disloca.

Por entre los macizos de la derecha aparece de nuevo ISABEL. Anda pausadamente, llega á la explanada y se sienta.

Isabel. En ninguna parte me encuentro bien... ¡Qué inquietud!... ¡Qué desasosiego!... ¿Quién se encierra en la alcoba para no dormir?... «Hasta mañana. Que descanses...» Eso me dijo. Vuelve á salir JUAN MARÍA cautelosamente por donde se marchó. Isabel, al verlo, se sobresalta. El también, aunque de distinta manera. ¿Eh? ¡Juan María!

Juan María. ¿Qué es esto?

Isabel. ¡Ay qué susto me has dado, criatura!

Juan María. ¿No te habías recogido ya?

Isabel. Sí, pero... Te diré... Oye, ¿vas á salir ahora?

Juan María. No...

Isabel. Como traes sombrero...

Juan María. Maquinalmente lo he cogido. ¿Y tú, qué haces aquí?

Isabel. Respirar... gozar de la noche... No tenía sueño, y dije: «Yo no me acuesto todavía. Al jardín otra vez.» ¿Te ha pasado lo mismo quizás?

Juan María. Lo mismo.

Isabel. Pues mira, no lo siento; porque gracias á esta casualidad, en lugar de estarme aquí sola, me acompañas tú.

Juan María. Dicen que más vale estar solo...

Isabel. Tu compañía no es mala, hombre. Y aunque lo fuera, á veces la más mala compañía es la soledad. ¿No te sientas?

Juan María. Sí.

Isabel. Digo, si no te contraría.

Juan María. ¿Quieres callar?

Isabel. Podías preferir verte solo... para pensar en tus cosas... en tu poesía...

Juan María. Poesía eres tú... como dice Becquer.

Isabel. Los poetas sois muy lisonjeros.

Juan María. Yo en este caso no lo he sido.

Isabel. Habrá que creerte por tu palabra.

Silencio. Turbación misteriosa y profunda sobrecoge a los dos.

Juan María. ¿Os vais decididamente mañana, Isabel?

Isabel. Decididamente.

Juan María. Volverás con gusto á Madrid.

Isabel. No lo creas. Esto es delicioso.

Juan María. ¿No te aburres?

Isabel. ¡No! ¿Te aburres tú?

Juan María. A ratos. Y había creído que tú te aburrías.

Isabel. Pues eres muy mal observador. Estoy aquí en la gloria. De buena gana no me iría en mucho tiempo.

Juan María. Pues quédate.

Isabel. Imposible. Papá tiene necesidad de marcharse.

Juan María. ¡Qué lástima!

Isabel. ¿Lo sientes?

Juan María. Mujer, si te hallas tan á gusto...

Isabel. Ah, sí; muy á gusto.

Juan María. Por mí no lo hablo, porque no puedo tener interés en que te quedes.

Isabel. Claro que no.

Juan María. No me has entendido. Es que también me marcho á Madrid un día de estos.

Isabel. ¿Y eso, qué?

Juan María. Que si te quedas tú en *Los Rosales*... no te veo en la corte.

Isabel. ¡Qué tonto! Bastante cuidado te da. ¡Ay, Juan María! Tuyo es el mundo.

Juan María. Pues está á tu disposición.

Isabel. Riéndose. Muchas gracias.

Juan María. Así contesta siempre á esa frase un amigo mío.

Isabel. Hijo, primero Becquer; ahora un amigo tuyo... Me voy á picar. ¿No tienes nada que decirme por tu cuenta y riesgo?

Juan María. ¿Por mi cuenta... y riesgo?

Isabel. Sí.

Juan María. Cuanto te digo es por mi cuenta y riesgo. Si tomo las frases ajenas... es porque me parecen mejores que las mías.

Isabel. Bueno, pues yo prefiero las tuyas, mejores ó peores.

Juan María. Peores.

Isabel. Contéstame á esto. Pero, mira, contéstame... contéstame *en poeta.*

Juan María. Sonriendo. ¿A ver?

Isabel. Cuando el sueño huye de una... ¿adónde va?

Juan María. Probablemente á otra.

Isabel. No: en serio: en poeta. Contéstame en poeta. ¿Adónde va el sueño cuando huye?

Juan María. Se lo lleva el enemigo que lo espanta. ¿Qué te ha desvelado esta noche? ¿Acaso la tristeza de dejar mañana *Los Rosales?*

Isabel. Acaso.

Juan María. Pues éntrate por las veredas de este jardín, registra entre las rosas, sacude los naranjos para que se estremezca el azahar en las ramas y caiga á tus pies... y ya verás como en una parte ó en otra encuentras tu sueño. Los sueños de las mujeres bonitas se esconden siempre entre las flores. ¿Te he contestado en poeta?

Isabel. Ahora, sí. Y en poeta galante.

Juan María. Galante ¿por qué?

Isabel. Porque me has llamado bonita.

Juan María. Para eso no hay que hablarte en poeta: basta sólo con verte.

Isabel. ¿Con verme sólo?

Juan María. Sí. Porque si se te mira, decirte bonita es ser injusto. Hay que decirte mucho más

Isabel. ¿Y tú me has visto... ó me has mirado?

Juan María. Mirándote estoy.

Isabel. Juan María...

Juan María. ¿Qué tienes?

Isabel. Nada... no sé... Voy á seguir tu consejo de poeta, y voy á ver si entre las flores encuentro mi sueño.

Juan María. ¿Te inquieta mucho el no dormir?

Isabel. El no dormir, nada. Pero el sueño, Juan Ma-

ría, me dijiste una tarde que son dos cosas: dormir... y soñar: reposo... y quimera. Así me dijiste.

Juan María. Cierto es. Reposo y quimera. ¿Y en busca de qué vas por el jardín adentro?

Isabel. ¿Por qué me lo preguntas?

Juan María. Porque si es el sueño de reposo el que buscas, te dejaré ir sola; pero si es otro sueño el que vas buscando, aguarda, Isabel, que quiero que vayamos juntos.

Isabel. ¿Juntos?

Juan María. Juntos, sí ¿Por qué no, si lo estamos ya? Te alteró el alma y te abrió los ojos el desvelo, y aquí viniste; y cuando aquí me trajo el azar, aquí estabas, tal vez esperándome sin saberlo. Y yo, que no sé adonde iba, ya no quiero moverme de aquí. Me atraes con atracción misteriosa; no doy dos pasos por este jardín sin que te me aparezcas; tu imagen me sigue, me espía, me vela; no sé verte sin sentirme impulsado hacia tí, ni sé mirarte sin temblar. ¡Bendita noche de Mayo en que te digo esto! ¡Bendita luna que te alumbra el semblante para que yo vea tus ojos y en tus ojos las lágrimas!

Isabel. ¿Qué pasa por mí, Juan María?... ¿Qué me has dicho?... ¿Qué has hecho conmigo?.. ¿Es que la luna ya alumbra como el sol?... ¿Es que hay más flores en el jardín y huelen más?... Yo tiemblo... yo vacilo... ¿Es que me falta la tierra porque ya todo es cielo?

Juan María. Es que se han dicho que se quieren una mujer y un hombre. Ven conmigo. Vamos los dos á buscar tu sueño.

Isabel. Vamos á recorrer su camino; porque ya lo he encontrado. Se internan juntos por el jardín, hablándose y mirándose amorosamente. ¿Me querrás mucho?

Juan María. Mucho es decirte poco.

Isabel. ¿Me querrás siempre?

Juan María. Te querré hasta que tú me olvides.

Isabel. ¡Entonces!...

Sale LAURO por el primer término de la izquierda. Los ve alejarse, como quien está al cabo de todo, y antes que ellos desaparezcan exclama:

Lauro. Ze puzo á mirarze en la fuente... pazó el arroyito... y ¡várgame Dios! ¡qué fuerza yeva la corriente con esta luna!...

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Gabinete en el cuartito bajo, de soltero, de Jorge Navarra, en Madrid. Al foro, hacia la derecha del actor, una puerta. A la izquierda otra. Frente á ella un balcón de antepecho. Muebles de distintas clases y cataduras, como de casa que se ha ido formando al azar. En las paredes, sobre el color suave del fondo, caricaturas de escenas picantes y alegres, pintadas al temple por algún amigo de Jorge. Ante la puerta del foro un biombo con dibujos de la misma mano. Es de noche. Luces.

Por la puerta del foro sale JUAN MARÍA, á quien ya conocemo . Viste de frac. Lo sigue CIUTTI, criado de Jorge, mozo andaluz pescado en aguas malagueñas.

Ciutti. Si no me yega usté á desí su nombre no pasa.

Juan María. ¿Hay tapada, quizás?

Ciutti. No, señó; pero esta noche no entran aquí más que los cabales Y de toa la partía—usté perdone la expresión—sólo á usté no tenía yo er gusto de conoserlo.

Juan María. Ni yo á usted tampoco, mi amigo. ¿Cómo se llama usted?

Ciutti. Apee usté er tratamiento: tos los de la partía me tutean.

Juan María. Bueno: ¿cómo te llamas?

Ciutti. En mi tierra me conosen por *Asafrán;* en er cuarté me yamaban *Sarmuera*, y aquí me disen *Chuti*. Pero mi nombre es José Garsía. Voy á avisarle ar señorito. Entrase por la puerta de la izquierda con gran resolución.

Juan María. Riéndose. ¡Este Jorge es fantástico para los criados! ¿De dónde sacará á esta tropa?

Jorge. Dentro, gritando. ¿Quién vive?

Juan María. ¡España!

Jorge. ¿Qué gente?

Juan María. ¡Un mal poeta!

Jorge. ¿Trae ripios?

Juan María. ¿Cómo no?

Jorge. ¡Pues que los deje á la puerta y que pase! Sale por la de la izquierda, también de frac. Es un muchacho despreocupado y sinvergüenza, en el «buen sentido» de la palabra: lo que en el lenguaje de su grupo se llama un «fresco». ¡Poeta, ya era hora! ¡Ven aquí! Se abrazan.

Juan María. Ya sabes que el verano nos dispersa á todos.

Jorge. Sí, pero ya estamos en Octubre, y tú llevas en Madrid lo menos quince días. Me traerás tu libro.

Juan María. Mañana te lo mandaré.

Jorge. Pero ¿no decías que venías con ripios?

Juan María. ¿Qué poeta no los lleva siempre en la cabeza?

Jorge. La gente por ahí se hace lenguas del libro. Ha gustado bastante más que el otro. Yo no leo nada, pero lo oigo decir.

Juan María. Bueno, vamos á ver: ¿qué significa la carta tuya que he recibido yo, invitándome á comer aquí con cuatro ó cinco sinvergüenzas? Porque á mí me huele á chamusquina.

Jorge. Siempre has tenido buen olfato. Esa comida es el suspiro del moro. ¡Ay de mi cuartito de soltero!

Juan María. ¿Al fin? ¿Cuándo te casas?

Jorge. A principios del mes que viene. He querido hacer coincidir el lance con la caída de la hoja, con los buñuelos de viento y con las primeras castañas.

Juan María. Es un verdadero acierto de fecha. Te compro el cuartito. ¿Cuánto quieres por él?

Jorge. Ya es tuyo.

Juan María. Pero, oye, en serio: ¿tú no pensabas casarte tan pronto?

Jorge. ¡Yo no pensaba casarme nunca! Pero, chico, mi padre me ha sitiado por hambre—porque presume que con el matrimonio sentaré la cabeza,—y no me manda un real hace un siglo. Estoy de trampas hasta los ojos; los judíos me cercan; he tenido que comprarme una barba postiza y unas gafas negras para poder pasar por ciertas calles... En fin, un horror.

Juan María. Según eso, no te casas enamorado.

Jorge. ¿Cómo que no? ¡Enamoradísimo! Si me oyeras todo el día suspirando: ¡Mercedes! ¡Mercedes! ¡Mercedes!

Juan María. ¿Mercedes? ¿Pues no es Julia?

Jorge. Mi novia, sí. Mercedes es el automóvil que nos va á regalar mi suegro.

Juan María. Anda y que te fusilen.

Jorge. ¡Chico, y qué suegro! Ya puede decir mi novia que la adoro.

Juan María. Sí; ya lo he visto.

Jorge. ¡Es que no tienes una idea de mi suegro! Todos los caballos del Mercedes son pocos para huirle Si ese hombre no fuera tan rico no se le podría tolerar Le da por la música, al muy cafre. Y le da porque la niña vaya siempre con él. ¡Y llevo dos temporadas de Real y dos de conciertos, que estoy partido por los riñones! Como prueba de amor no la dió más grande Amadís. Por supuesto, que el día que me entregue á la niña y los *cupones adyacentes*, ¡va á oir ese hombre de *Sigfrido* y de *Tannhäuser* lo que no ha oído nunca!

Juan María. ¡Ja, ja, ja! Compadezco á tu novia.

Jorge. Y yo. Menos mal que mi padrino va á ser tu padre, que tiene buena mano.

Juan María. Sí que la tiene. ¡A ver si lo desacreditas tú!

Jorge. Lo sentiría muchísimo. Pero ¡ca! Chico, le ha escrito una carta á mi novia dándole consejos, que es tirarse de risa. **Pasa CIUTTI de la puerta de la izquierda á la del foro.** ¿Han llamado, Ciutti?

Ciutti. Sí, señorito.

Jorge. Mucho ojo, ¿eh?

Ciutti. Pierda usté cuidao. Será un *ersigente.* **Se va.**

Juan María. ¿Un exigente? ¿Qué quiere decir eso?

Jorge. Mi criado les llama exigentes á los que vienen á cobrar cuentas.

Juan María. A querer cobrarlas.

Jorge. No; ellos vienen á cobrarlas de buena fe. Pero no las cobran. Y Ciutti les llama exigentes.

Juan María. Me parece muy justo. ¿Dónde has pescado á ese boquerón?

Jorge. Es un asistente de Málaga que tuvo mi hermano Guillermo. Acabó con él; yo había visto la buena mano que tenía para despachar exigentes, y dije: este es mi hombre. No estuve mal.

Juan María. ¡Cuántas cosas se nos van con tu boda, Jorge!... Porque, burla burlando, tu cuarto ha sido siempre el centro, el foco de nuestra vida aventurera. ¡Mira que hemos gozado y que nos hemos reído en este cuarto! Ah, eso sí; mientras pueda yo me quedo con él.

Jorge. Ya os haré yo alguna visitita.

Juan María. ¿Tú, miserable?

Jorge. No hay que olvidar lo que rueda el mundo. Ayer estuvo aquí la Pompita; tú la conoces.

Juan María. Te conozco á ti; ¿no la he de conocer á ella?

Jorge. Dices bien: esa arrastrada, entre todas las que

yo he tratado de cerca, es la única que siempre *ha mandado* algo.

Esta noche mando yo,
mañana mande quien quiera:
esta noche he de poner
por las esquinas banderas.

Bueno: á lo que iba. Estuvo á verme la Pompita, y me dijo: «¿Conque te casas, eh? Bueno, pues... hasta el año que viene.»

Juan María. No te da más que un año de fidelidad.

Jorge. Y se ha corrido un poco. La fidelidad de los hombres es cosa deleznable.

Vuelve CIUTTI.

Ciutti. ¿Ve usté cómo los güelo? Era un ersigente.

Jorge. ¿Cuál?

Ciutti. Er sapatero. Ese tiene mu güena lidia. Le di dos pases naturales y tres en reondo; se cuadró en seguía, aproveché... y yeva media lagartijera.

Jorge. A Juan María. ¿No te digo?

Ciutti. Tirándome á matá estaba yo cuando entró er señorito Moya.

Juan María. Ah, Moyita.

Jorge. ¿Está ahí?

Ciutti. Dejando er gabán en er perchero.

Juan María. Tiempo hace también que no veo á Moyita. Como se casó y es tan formal...

Jorge. Ese fué el que hizo hilo en la *cofradía*. Su responsabilidad es inmensa.

Ciutti. Señorito: ¿quié usté escucharme una palabra?

Jorge. Ahora voy.

Retírase Ciutti por la puerta de la izquierda. Sale por la del foro MOYITA, con el júbilo pintado en el rostro. Es un hombre feliz. Viste de frac, como sus amigos.

Moyita. ¡Caballeros y hombres buenos!

Juan María. ¡Moyita!

Moyita. Dios te guarde, poeta.

Jorge. Ven con Dios, *correligionario.*

Moyita. ¡Todavía no lo somos!

Jorge. Es verdad: todavía puedo respirar á mis anchas.

Moyita. ¡Qué tonterías dices! ¡Tú no sabes!...

Juan María. ¿Y Aurora?

Moyita. Con íntimo gozo. Bien; muy bien; ahora está muy bien. Una salud, unos colores... Muy bien; muy bien.

Juan María. Y tú en la gloria.

Moyita. ¡En la gloria lo pasan mal comparados conmigo! ¡Soy el ser más venturoso de la creación! ¡Ah! ¡Y el único casado que no se la pega á su mujer! ¡Tengo ese timbre!

Jorge. Ya se la pegarás.

Moyita. Estás tú fresco. Yo creía que éramos dos: Evaristo Laborda y este cura. Pero, hijos míos, ayer, en un cochecito de La Peña, no querais saber lo que vi. ¡Y con el descaro del mundo! ¡A las tres de la tarde! ¡Vamos, hombre! ¡El único soy yo: yo!

Juan María. ¿Y de... novedades, nada todavía?

Moyita. Suspirando. ¡Nada todavía!

Jorge. ¡Nada, hombre! ¡Yo no sé en qué piensa! Está en ridículo: ¡tres años de un fracaso absoluto!

Moyita. Mira, no me quemes la sangre. Demasiado sabes tú que... Porque, cuando... Ya os acordareis de aquella... El pobrecito se murió, pero...

Juan María. Aquel se lo alquilaste á una vecina para deslumbrarnos.

Moyita. Vaya, vaya, es que quereis oirme. A otro tema. ¿Quiénes cenamos?

Jorge. Los cabales: los justos: nada más. Bueno, exceptuando á Calpena y á mi hermano Guillermo que no están en Madrid.

Moyita. De manera que entonces no seremos más que nosotros tres y Rafael.

Jorge. ¡Los cabales!

Juan María. ¿Y faldas, no vienen?

Moyita. ¡No: faldas, no!

Jorge. Yo tengo poca vergüenza, pero, la verdad, tratándose de lo que se trata, no me ha parecido decente invitar á ninguna.

Moyita. ¡Pues claro!

Juan María. ¡Lástima grande, entonces, que se trate de lo que se trata!

Jorge. Soy el primero en lamentarlo.—Voy á ver qué me quiere Ciutti. Algún detalle de la comida. Guisa que... ¡ya vereis! Se va por la puerta de la izquierda.

Moyita. ¡Bueno, hombre, bueno! Me alegro de echarte la vista encima, porque tengo que decirte dos cosas. No; tres cosas. Cuatro cosas: en rigor, cuatro cosas.

Juan María. Habla.

Moyita. Primera: que te cases.

Juan María. ¡Moyita!

Moyita. Segunda: que sea enhorabuena por tu libro... y que te cases. Tercera: que no dejes de enviármelo en seguida, porque Aurora lo quiere leer.. y que te cases. Y cuarta: otra vez que te cases... y un favor que te pediré luego.

Juan María. Pero, vamos á cuentas, Manolillo: ¿tan á maravilla te va desde que te has casado, que te has vuelto panegirista y propagandista del matrimonio?

Moyita. ¡Y apóstol, si me apuras! A ti se te puede hablar de ello; se te puede abrir el corazón, porque, aun siendo tan punto filipino como los demás, entiendes, respetas, no te burlas de un cariño sano como el mío.

Juan María. Nunca: ¡qué he de burlarme yo! En todo caso lo envidiaré.

Moyita. Metiéndose en harina. Esto de la felicidad conyugal, del calor de nido de una casa...—no te rías...

Juan María. Si no me río, hombre.

Moyita. Es cosa que hay que pasar por ella, que sentirla, para comprenderla del todo bien. Sales á la calle, y no vas solo: llevas tu casa acuestas. Y mira qué fenómeno: lejos de pesarte sobre los hombros, es como un aire que te empuja, que te hace andar mejor y más aprisa. ¿Tú te haces cargo?

Juan María. Desde luego. Y te escucho muy complacido, Moyita.

Moyita. ¿Y los detalles? ¡Cuánto se goza con los detalles! Yo no oigo un chiste, ni una ocurrencia, ni presencio un paso gracioso, que no diga para mis adentros: «¡Lo que se va á reir Aurora cuando se lo cuente!...» ¿Y entrar por las puertas con un paquetito de postres? «¿Qué me traes? ¿qué me traes?» «¡A ver si lo aciertas!» «¿Son bombones?» «¡No son bombones!» «¿Son yemas de huevo?» «¡No son yemas de huevo!» «¿Son marrones de *La Mahonesa?*» «¡No son marrones de *La Mahonesa!*» «¿Pues qué son? ¿qué son?» «Si no me das un beso no te lo digo.» Y me da el beso... ¡y son marrones de *La Mahonesa!* ¡Y ya tenemos broma para toda la noche! Cásate, Juan María: tú eres hombre para casado.

Juan María. No, pues esa ternura del paquete de postres es superior á mí: no la siento.

Moyita. ¡Ya la sentirías! ¿La sentía yo antes? ¡Pues apenas si me reía de esas cosas! Y ya ves. ¡Ay, si Dios me mandara un chiquillo!

Juan María. Y ¿para qué lo necesitas, viviendo en esa dulcedumbre de bizcocho borracho?

Moyita. Ah, ¿te estás divirtiendo conmigo?

Juan María. ¡Quita allá! No seas tonto.

Moyita. Pues mira, lo del chico, lo deseo por distintas razones. Es el fruto de bendición: sin un hijo falta algo natural en el matrimonio. Y luego, Juan María, que la gente es muy entrometida... y ya me van cargando. No hay persona que no me pregunte: «¿Y qué? ¿Sin

novedad todavía? Pero, hombre, ¿en qué piensa usted?» ¿Te parece? Y los hay que me dicen: «¡Pues ya lleva usted tres años de casado!» ¡Como riñéndome! ¡Mira que es imprudencia! Pero, anda, que yo me vengaré de todos. En cuanto me nazca el primero—que tarde ó temprano ha de venir—yo me saco la espina en el parte para los amigos. «Fulanito de Tal y Fulanita de Tal de Fulanito, ofrecen á usted un nuevo servidor, *como no podía menos de esperarse.*»

Juan María. ¡Ja, ja, ja!

Moyita. ¿No crees que se lo tienen merecido?

Juan María. ¡Quién lo duda, muchacho! Y te confieso que tu charla me anima, me contagia; que se me comunica tu entusiasmo y tu fuego dichoso.

Moyita. Pues ¡claro, chico! Tú debes hacer feliz á una mujer.

Juan María. Siempre he creído que era mejor hacer felices á unas cuantas... pero...

Moyita. ¡Bah! Esas son frases y tonterías. Busca una novia.

Juan María. ¿Crees que debo buscarla... ó esperar á que me salga al encuentro?

Moyita. Búscala, búscala. A Aurorita la busqué yo.

Juan María. Confiándose. ¿Y si yo te dijese que sin buscarla he tenido una novia esta primavera?

Moyita. ¿Tú?

Juan María. Yo.

Moyita. Pero... ¿novia?

Juan María. Novia; novia.

Moyita. ¿Y ya no la tienes?

Juan María. Ya no.

Moyita. Chico, de la primavera al otoño... Eso ha sido una nube de verano.

Juan María. Eso ha sido. Te aseguro que nunca ha sentido mi corazón ventura más honda, más íntima, más pura que la de aquellos días. Era aquel un amor

que borraba para nosotros lo demás del mundo. A solas, me asustaba un poco su grandeza. Llegó á parecerme aquella mujer un abismo de fuego, donde iba yo á consumirme y á anularme... y á desaparecer. Nos separamos...—¡qué tortura de despedida! El camino que poco á poco me iba alejando de ella, era como una cuerda cada vez más tirante, á cuyo extremo estaba atado mi corazón. Pasados los primeros días de ausencia, en que ella sola llenaba mi vida, fuí serenándome, calmándome.. Mis cartas, interminables al principio, fueron insensiblemente haciéndose más cortas. Ya me fijaba en otras mujeres... Volví á ser quien era. Algo me dijo ella en una carta que me enojó, que me contrarió sin motivo Le contesté... no; le contestó ese diablo egoísta que todos los hombres llevamos dentro. Luego sentí lo que le dije. Surgió en esto una aventurilla galante; no quise desaprovecharla; fué más escandalosa de lo ordinario; llegó á sus oídos.. estalló la tormenta... y con esto pasó la nube.

Moyita. ¿Acabaron ustedes?

Juan María. No había más remedio: aunque yo no hubiera querido. La carta en que me despidió no decía más que esto: «Recobra tu deseada libertad: yo no la quiero para mí. El amor que se lleve al mío no ha de ser tan sólo tirano: ha de ser tirano y esclavo á la vez.»

Moyita. Ya decía bastante. Y... si no es indiscreción, ¿se puede saber quién es ella? ¿La conozco yo?

Juan María. Sí.

Moyita. ¿Y Aurora? ¿La conoce Aurora?

Juan María. Sonriendo. También.

Moyita. ¿Será muy guapa?

Juan María. ¡Oh! Es muy hermosa. Ahora que ya no me pertenece... ni en ilusión, se me figura más hermosa todavía. Con decirte, querido Moyita, que cuantos versos le escribí, los he roto por parecerme indignos de su realeza... Nunca he sabido cantarla en versos míos.

Mira, tiene unos ojos... ¿Cómo te ponderaría yo sus ojos?...

Negli occhi porta la mia donna Amore;
Per che si fa gentil ciò ch' ella mira...

Y tiene una boca...

Che dolce ha 'l riso, e dolce ha la favella...

Moyita. Pues por esas señas no caigo. Pero sí noto que hablas de ella con mucho calor.

Juan María. ¿Me has oído nunca hablar con frialdad de una mujer hermosa?

Moyita. Nunca.

Juan María Esta ya pasó por mi corazón. La herida está completamente cerrada. La otra tarde nos encontramos en el Retiro. Nos miramos, hubo un saludo ceremonioso... y nada más. Yo volví la cabeza, y ella no.

Moyita. ¿Y quién es? ¿quién es? ¿Cómo se llama?

Juan María. Dime tú primero qué favor ibas á pedirme.

Moyita. Ay, es verdad. Antes que vengan esos gua sones. Comprendiendo que aquí te vería, he traído el álbum de Aurora para que me firmes una página.

Juan María. ¡Sí, hombre! Con muchísimo gusto. ¿Dónde lo tienes?

Moyita. Ahí en el perchero lo dejé. Voy á traértelo.

Se va corriendo por la puerta del foro.

Juan María. ¡Egoísta!... En cuanto le recordé su amor... ya no le importa nada el mío. **Pasea un momento mientras vuelve Moyita con el álbum.**

Moyita. Este es. Aquí tienes donde escribir.

Juan María. Ahora mismo. **Se sienta y hojea el libro con curiosidad.** ¿Sabes que hay cosas muy bonitas? Este apunte de Villegas es precioso.

Moyita. Precioso. A ver si tú te luces. Bueno, no quiero hablarte para no cortarte el hilo de la inspiración.

Juan María. No me cortas nada.

Moyita se aparta de Juan María y lo contempla con emoción. Por la puerta del foro llega entretanto RAFAEL. Es un teniente de Caballería, que no tiene pelos en la lengua. Viste de uniforme.

Rafael. ¿En dónde está el reo?

Juan María. ¡Rafael!

Moyita. ¡Hola, Rafael!

Rafael. ¿Dónde está ese infeliz?

Moyita. Cállate ahora.

Rafael. ¿Por qué me he de callar?

Moyita. Porque está Juan María escribiéndome ahí unos versos. Se lo lleva aparte.

Rafael. ¡Ah, vamos! La peste de las postalitas.

Moyita. No, hombre; si es el álbum de Aurora.

Rafael. Dispensa. ¿Y cómo está Aurora?

Moyita. Bien, bien; muy bien.

Rafael. Pero ¿ni el menor mareo... ni el menor antojito... ni...?

Moyita. ¡Y dale! ¡No, señor! ¡Acabareis por marearme á mí!

Rafael. Hombre, es que si el primero de la reunión que se casa se porta tan desdichadamente, ¿qué se va á pensar de nosotros?

Moyita. Bueno, bueno, bueno...

Juan María. A ver qué te parece esto, Manolillo.

Moyita. A ver, á ver.

Rafael. Vamos á ver.

Juan María. Leyendo.

Antes de casarse Moya
con Aurorita hechicera,
le puso á una verdulera
un piso en la calle Goya.
Para informes, la portera.

Rafael suelta la risa. Moyita bota de indignación.

Moyita. ¿Has escrito esa barbaridad?

Juan María. ¿Barbaridad? Yo ante todo soy un poeta sincero.

Rafael. Muy bien dicho. Hay que desenmascarar á los hipócritas como este.

Moyita. ¡Pues es una gracia! ¡Porque me cuesta arrancar la hoja!

Juan María. Lo peor es que es la del apunte de Villegas.

Moyita. ¡Te mato!

Juan María. No, hombre, no; tranquilízate. Lo que he escrito ha sido esto otro.

Moyita. Ya decía yo.

Juan María. Volviendo á leer.

> El ideal del cariño:
> encontrar una morena
> graciosa, bonita y buena:
> casarse... y tener un niño.

Moyita. Eso está muy bien; muy bien. Me sueltas lo del niño, pero está muy bien. ¿Verdad que está muy bien?

Rafael. A mí me gustaba más lo otro.

Moyita. Sí, sí. Leyendo la redondilla con embeleso

> El ideal del cariño:
> encontrar una morena
> graciosa, bonita y buena:
> casarse... y tener un niño.

Rafael. ¡O tener una docena!... se me ocurre á mí versificando.

Moyita. ¡Qué gaznápiro eres! Muchas gracias, Juan María, muchas gracias.

Juan María. No hay de qué. Dispón á tu sabor de mi musa.

Se va Moyita por la puerta del foro, soplando la redondilla para que acabe de secarse.

Rafael. Este Moyita era bueno de suyo; pero desde que se casó es pan de flor. Y oye, tú, el de la musa: me tienes que regalar tu libraco.

Juan María. ¡Ya lo creo!

Rafael. Te advierto que me lo voy á sorber ¡Me entero de todo! He leído las dos ó tres poesías que han publicado los papeles... ¡y me entero de todo!

Juan María. No es mucho elogiar.

Rafael. ¿Cómo que no? Chico, será porque yo soy muy arrimado á la cola; pero llevo una temporada en que no entiendo una palabra de lo que escriben algunos poetas.

Juan María. ¡Ja, ja, ja!

Rafael. La que más me gusta de las que conozco es *La rosa del jardinero*. A mí y á todo el mundo. Me ha hecho impresión.

Juan María. Ah, sí.

Rafael.

> ... ¿Quién te llevó de la rama
> que no estás en tu rosal?

Es preciosa.

Juan María. ¿Sabes cuándo se me ocurrió? El día en que se casó Beatriz Galindo con aquel bárbaro de Requena. Ella tan delicada, tan fina, tan tierna, tan poética, verdadera flor de sus padres, y él tan grosero de alma, tan basto de hechura, tan indigno de una mujer así.

Rafael. No me hables. Ahora me gusta más la poesía. Es uno de los maridos á quien más odio. Muerde, cocea y aborrece al hombre. Como si lo tuviera presente. ¡Animal!

Moyita. Volviendo de dejar el álbum. ¿Qué gritos da este cafre?

Rafael. ¿A ti qué te importa?

Juan María. Aquí lo tienes: aconsejándome y pidiéndome que me case en todos los tonos.

Moyita. Sí, señor: porque lo quiero bien. Y á ti te aconsejo tres cuartos de lo mismo.

Rafael. Yo me casaré cuando me dé la gana: no necesito moscones á la oreja. Es decir: me casaré ó no me casaré. El cura para mí es lo de menos. Lo esencial es que yo dé con la mujer que haya de ser mía. Porque en el cielo estará escrito, como creen algunos, aquello de: «Fulanito para Fulanita, Zutanita para Zutanito»; pero yo veo por aquí tal desbarajuste, que me doy á pensar que el tenedor de libros ha perdido ya la cabeza. ¡Nadie está contento con la mujer que le mandan desde allá arriba!

Moyita. ¡Yo sí!

Rafael. La generalidad busca otra.

Juan María. Es verdad; y si puede ser la de un amigo, miel sobre hojuelas.

Moyita. ¡Pacotilla de mesa de café es todo eso!

Rafael. Sí, sí, pacotilla. Pregúntaselo á Eduardo Rivera. Le ha salido rana la mujer, y está pasando las de Caín, porque le falta valor para echarla á la calle. ¡Pues hará muy bien en buscar otra!

Moyita. ¡Bah, bah! Ese es un caso aislado.

Rafael. ¿Un caso aislado? ¿Conoces á Molina, el de los explosivos?

Moyita. Sí.

Rafael. Pues ¿sabes lo que me dijo el otro día? «Muchacho, estoy tan harto de mi mujer, que no le pido á Dios más que una cosa, convencido de que en esta vida no tengo ya remedio: ¡que no nos entierren juntos!»

Juan María.

¡Sólo en la paz de los sepulcros creo!

Moyita. Por lo visto, tú proclamas el amor libre.

Rafael. ¡Eso es una majadería! Si es libre, no es amor, y si es amor, no es libre. Yo creo que cada hombre debe vivir con la mujer que más le guste y que más

lo quiera. Que en resumidas cuentas es lo que sucede, mal que pese á todas las mentiras sociales.

Moyita. Fuertecillo viene el militar.

Juan María. Pero muy simpático. Su teoría, en rigor, es la única sana y consoladora: la única que no va ni contra lo divino ni contra lo humano. ¡Cuántos amoríos, que no pueden pasar de serlo, serían los amores honrados de muchos hombres y de muchas mujeres, si la vida los hubiese puesto en vereda de encontrarse á tiempo!...

Moyita. Retórica, retórica. Cada uno carga con lo que se merece.

Juan María. También es posible. En amor no hay ninguna verdad absoluta, sin duda porque hay muchas. Es la única materia no legislable. Ya lo dijo el clásico:

... Bien sabeis vos,
que por no sujeto á ley
el Amor, le pintan rey,
niño, ciego, loco y dios.

¿Cómo han de vivir juntos y en buena armonía un dios, y un niño, y un ciego, y un loco, y un rey?

Moyita. ¡Ay! Feliz quien, como yo, ha dado con la palomita de su palomar.

Rafael. ¿Y nuestro Jorge, dará con la suya?

Juan María. De otra manera que Moyita, tal vez.

Rafael. Por de pronto da con los cañamones. ¿Y dónde se ha metido ese criminal? ¿Lo está guisando Ciutti? ¡Hay que llamarlo al orden inmediatamente! Gritando. ¡A ver! ¿En qué miserable bodegón hemos caído? ¿Aquí no hay quien sirva? ¿Se ha acabado el vino en esta casa?

Sale JORGE por la puerta de la izquierda.

Jorge. Pues, señor, en cuanto se oyen voces, ya se sabe: el teniente Jerez.

Rafael. El teniente Jerez, si grita, es porque quiere que haya vergüenza en la reunión.

Jorge. ¿Y en qué estriba el que haya vergüenza, mi teniente?

Rafael. Hombre, en que se nos dé una copa de manzanilla antes de cenar. ¡Está indicadísimo!

Jorge. ¿Sólo en eso?

Rafael. ¡Es la costumbre en esta santa casa!

Jorge. Llamando. ¡Ciutti!

Ciutti. Dentro. ¡Señor!

Jorge. ¡Pon vino al comendador!

Se presenta CIUTTI por la misma puerta con una bandeja de copas de vino y una botella, que deja sobre una mesita. Luego llena las copas.

Rafael. ¡Bravo! ¡bravo!

Jorge. Así se sirve aquí á los militares. Apenas te oí le dije á Ciutti: prepara la manzanilla. A los otros dos. Dispensadme vosotros: he estado escribiéndole á mi novia, por si *descarrilamos* esta noche.—¿Llaman?

Ciutti. Sí, señó. Con esta van dos veses; sino que me estaba hasiendo er loco á vé si se iba.

Juan María. ¿Otro exigente, Ciutti?

Ciutti. Señorito, aquí no viene más que ese ganao: ersigentes... ó ersigentas. A Jorge. Este debe de sé er der *champán.*

Jorge. Pues anda con él.

Ciutti. Mala lidia tiene er gachó. Se pega á las tablas, prinsipia á alargá el hosico y á escarbá en la arena, y no hay un dios que entre á matá.

Jorge. Pues con esos bichos marrajos es como se ven los matadores.

Ciutti. ¿Sí, eh? ¡A mí no se me repiten las cosas! ¡Va por ustedes! Se marcha por la puerta del foro entre las risas y aclamaciones de los muchachos.

Moyita. Es gracioso este Ciutti.

Rafael. Un poquillo corto de genio lo encuentro yo.

Jorge. Recién salido del seminario, señor: ¿qué vamos á pedirle?

Juan María. Le da quince y raya al otro Ciutti: al paisano de Buttarelli.

Moyita. Levantando su copa. Los demás le imitan después. Señores: ¡por el feliz enlace de nuestro amigo!

Rafael. ¡Por que no deje á la reunión á la desdichada altura que Moyita!

Moyita. ¡Hombre!

Juan María. ¡Por que como el sol seca el rocío, nuevos amores sequen las lágrimas de las infinitas hijas de Eva que ahora mismo lloran el casamiento de este canalla!

Jorge. ¡Por la repentina muerte de mi suegro!

Risas de protesta.

Rafael. ¡Qué bárbaro!

Juan María. ¿Pues qué reservas para el *champagne*, asesino?

Jorge. ¡La inauguración del mausoleo!

Moyita. Horrorizado. Ay, ay, ay...

Vuelve CIUTTI con una carta perfumada, que le da á Juan María.

Ciutti. No he podío lusirme porque por casualidá no era un ersigente. Era un botón, que ha traío esta carta pa usté.

Jorge. ¿Hola?

Juan María. Cogiendo la carta con interés y apartándose un poco para leerla. La esperaba.

Ciutti. Me ha dicho que yeva ya dos horas buscándolo.

Jorge Pues dale una buena propina, Ciutti.

Ciutti. Sí, señó. Se va.

Jorge. Aquí hay dinero para todo el mundo, menos para el que viene á cobrar lo que se le debe.

Rafael. A Juan María. Lo menos que se hace en un caso así es pedir permiso.

Juan María. Eso es entre personas regulares. Se guarda la carta. Los ojos le echan chispas de alegría.

Moyita. Mira qué carita de pascuas se le ha puesto.

Juan María. ¿Acaso estaba triste?

Jorge. ¿De quién es, poeta?

Rafael. ¿Es cosa que empieza ó es breva que ya está madura y para comerse?

Moyita. ¿Es soltera?

Jorge. ¿Es casada?

Rafael. ¿Es viuda?

Moyita. ¿Qué color tiene la aventurilla?

Rafael. ¿Qué olor?

Jorge. ¿Qué sabor?

Juan María. No me sacareis una palabra.

Jorge. A lo mejor se está dando tono y es un recordatorio para unas misas

Juan María. Justamente: tú has dado en la clave.

Rafael. Vamos, no muelas, hombre: di de lo que se trata.

Juan María. Señor, de una mujer preciosa: ¿qué más quereis que os diga?

Jorge. Pero ¿es algo nuevo?

Juan María. Del todo nuevo.

Jorge. ¿Del todo?

Juan María. Nuevo para mí. Un brote pujante y copioso. Un árbol que se cuaja de hojas sin que yo lo pudiera esperar Ha bastado una mirada en el paseo, un apretón de manos en el teatro, un encuentro fortuito en una calle sola, para que yo reciba esta carta.

Moyita. ¿Y qué dice? ¿qué dice la carta?

Rafael. ¡Claro! Porque según lo que diga así habrá que felicitarte ó no.

Juan María. La carta es muy lacónica: «Esta noche, allí.» Ahí lo teneis todo.

Jorge. Esas son las que á mí me gustan. Que sea enhorabuena.

Juan María. ¡La recibo con verdadero gozo!

Moyita. ¡No hay más que mirarte á la cara!

Rafael. ¡Bueno, pero no nos pongas los dientes largos!

Juan María. «Esta noche, allí» ¡Dejadme que me explaye! ¿Dónde hay ventura como esta? «Esta noche, allí.» Lo que vale una mujer no se sabe bien hasta el momento en que se la espera. Todo rumor lejano ha de ser para el oído amante el de su coche, el de su paso, el de su falda... Hasta lo que no suena, se oye en el corazón. Si tarda, ¡qué angustia! La imaginación en un instante corre el mundo entero buscándola. «¿Por qué no está aquí ya, si pasa un minuto de la hora?» Y cuando llega... ¿á qué puede compararse ese momento? ¡Ya está allí! ¿Qué importa entonces el mundo entero que con ansia se recorrió porque no venía?

Jorge. Chico, me parece del peor gusto recordar esas cosas en la despedida de un soltero.

Rafael. No, no: hace muy bien. Así ves más clara la pifia que vas á cometer dentro de unos días.

Moyita. ¿A qué llamas tú pifia, ignorante?

Juan María. ¡Cada cual que atienda á su juego! ¡Viva la libertad individual! Sentirse libre, es sentirse dichoso: ¡es gozar del sol y del aire! ¡Y es algo más aún: es ser de todas; es poder ser de todas! ¡Deliciosas mujeres, encanto del mundo, único tesoro del hombre! ¿Qué más dan amores de una vida que amores de un año ó de un minuto? La cuestión es amar Despertar todas las mañanas pensando en que hay que enviar unas flores aquel día; subirse en un tren y adorar á una divina compañera de viaje, que al amanecer ha desaparecido; llegar á una desconocida ciudad, y ver unos ojos tras una celosía y ofrecerles con los nuestros en aquel instante, el alma, el corazón y la voluntad: cuanto su dueña espere; entrar en una iglesia y que se vuelva un rostro para mirarnos, turbando el rezo de una hermosa: ¡Dios perdona estos pecadillos! Y siempre así, siempre así... No sólo es dichoso el amor que consigue;

lo es también el que suspira, el que cela, el que desconfía, el que promete, el que espera, el que da, el que pide, el que ruega, el que llora... ¡Ay, Señor, no me quites la juventud, porque vas á dejar sin novio á todas las bonitas del mundo!

Jorge. ¿A que le escribo á mi suegro diciéndole que no cuente conmigo?

Se ríen todos.

Moyita. ¡Qué disparate!

Juan María. Conmigo sí que no habeis de contar así que cenemos.

Rafael. Ah, claro.

Juan María. Estoy aquí como el apóstol que puso de más en la cena el pintor del cuento: «en cuanto cene, me voy.»

Moyita. ¡Toma! y yo.

Rafael Y todos.

Jorge. ¡Bah!

Rafael. Sí, sí, no hay que enredarla. Mañana estoy de guardia, y esta noche, además, he quedado en ir á última hora al teatro de la Princesa. Me espera Federico Izquierdo que, por lo visto, no piensa como tú, Juan María: quiere ser de una sola.

Juan María. Pues ¿y eso?

Rafael. Precisamente voy á presentarlo á la dama de sus pensamientos y fatigas.

Juan María. ¿Sí?

Rafael. Está loco por ella.

Moyita. ¿Federico? ¡Cuánto me alegro! Señor, como que en llegando á nuestra edad huelgan los discursos poéticos: no hay más solución que el dulce yugo.

Jorge. ¿Y á quién lo vas á presentar?

Rafael. A una mujer muy guapa: á Isabel Lozano.

Juan María. Rápidamente. ¿A Isabel Lozano?

Rafael. Sí. Es verdad, que tú la conoces mucho.

Juan María. Muchísimo. Nos hablamos de tú.

Rafael. ¿Ah, sí?

Juan María. Sí. Su padre y el mío son antiguos amigos. Hace poco pasaron el padre y la hija una temporada en *Los Rosales*, la casa de recreo que mi padre tiene en Andalucía.

Jorge. También es muy amiga de mi novia.

Moyita. Pues ha tenido buena elección Federico: no sólo es muy guapa esa mujer, sino que creo que es una perla.

Rafael. Así está él de loco.

Juan María. Disimulando cierta inquietud. Pero ¿tan loco está?

Rafael. ¡Cosa de atarlo!

Jorge. ¡Ese cae!

Rafael. ¡Cae! ¡Seguramente cae! Es decir, falta que ella quiera ponerle el pie para que caiga.

Juan María. ¿Por qué lo dices? ¿No crees tú que Isabel...?

Rafael. No las tengo todas conmigo. A Federico no le he dicho nada, pero... La otra noche, cuando le pedí permiso para presentárselo, no pudo reprimir un gesto, que me dió que pensar. ¿Tú sabes si esa muchacha ha tenido algún novio, algún desengaño?

Juan María. No... que yo sepa, no...

Rafael. Pues no lo entiendo entonces. Fué muy rara la expresión de aquella mujer.

Moyita. Misterios femeninos.

CIUTTI sale por la puerta de la izquierda.

Ciutti. Tomarse la úrtima copa, y á la mesa.

Jorge. ¡Ya lo estais oyendo: á la mesa!

Rafael. ¡Hora va siendo ya!

Moyita. Sí, por cierto.

Rafael. ¡Venga, venga esa copa!

Jorge. ¡No será la última! Escanciando. Y esperaos un instante, que en algo se ha de conocer que estoy *maja-*

reta. ¡Voy á brindar en verso! ¡Para chafar á este coplerillo de moda!

Rafael. ¡Ah, pues si brindas tú, brindo yo!

Moyita. ¡Y yo! ¡Esto tiene gracia!

Juan María. Y yo también.

Moyita. ¡Naturalmente! Eres el único obligado.

Jorge. Pues allá voy como las balas. ¡Bomba!

Moyita. ¡Bomba!

Jorge.
Porque el suegro sin segundo
que me ha venido á tocar,
vaya pronto á saludar
áWagner. . al otro mundo.

Carcajada de todos.

Rafael. ¡Eso ya nos lo has dicho en prosa!

Jorge. ¡Y le pondré música en seguida!

Moyita. Anda tú, Rafael.

Rafael. Tú primero.

Moyita. Tú, tú.

Rafael.
A mí lo que me interesa
es que haya *champagne* y fresa.

Nuevas risas.

Jorge. ¡Muy bien! ¡De las dos cosas hay!

Rafael. ¿Y espárragos?

Jorge. ¡También!

Rafael. No me han cabido en la aleluya.

Vase Ciutti por la puerta del foro.

Moyita. Ea, pues... Bueno: callar ahora.
Brindo, porque...

No, no.
Porque tal día como hoy...

No, no, tampoco. La idea la tengo ya, pero...

Jorge. ¿Es que quieres lucirte?

Moyita. No me interrumpas.
Porque en el día de la fecha...

Ya, ya.
Porque en el día de la fecha...

No. Sí, sí... No. Sí. No, no...
Porque en no remota fecha...

Jorge. ¡Que se va á enfriar la sopa!

Moyita. ¡No seas ganso! Ya está, ya está.
Porque en no remota fecha
haya dos dichosos completos
en el Paseo de Recoletos
veinticuatro, principal, derecha.

Grandes risas.

¿No es ahí donde vais á vivir?

Jorge. ¡No, hombre! ¡Si vamos á vivir en el Paseo de Rosales!

Jorge. ¡A ver el poeta de la casa!

Moyita. A ver, á ver.

Juan María.
Porque nos rija el Talión,
y si una espina clavamos
á un corazón, la sintamos
herir nuestro corazón.

Aplausos de los camaradas.

Rafael. ¡Bravo! ¡bravo!

Jorge. ¡Bravísimo!

Moyita. Abrazando á Juan María. ¡Eres el mejor poeta que conozco!

Llega CIUTTI precipitadamente.

Ciutti. ¡Cayarse!

Jorge. ¿Qué?

Ciutti. ¡Cayarse que está ahí er der *champán*!

Jorge. ¿El del *champagne?*

Ciutti. Y que dise er tío que ó se yeva las boteyas ó se yeva er dinero.

Jorge. Dile que las botellas se las podrá llevar dentro de un par de horas.

Ciutti. Le arvierto á usté que no viene pa banderiyitas e lujo. Y además se trae dos amigos

Rafael. Dispuesto á todo. ¿Interviene el ejército?

Jorge. No, no; hasta ahí podíamos llegar. El *champagne* es sagrado. **Sacando su cartera.** Pregúntale que si tiene cambio de mil pesetas.

Ciutti. Sí, señó. **Vase.**

Moyita. Oye, tú, ¿qué *champagne* es ese?

Jorge ¡Ahí es nada! El de la cena de esta noche, que aun está en el aire. Yo pensaba que me lo pagase mi suegro, pero...

Vuelve CIUTTI.

Ciutti. Señorito, que no tiene cambio.

Jorge. Ah, pues lo siento mucho. No es culpa mía. Que vuelva mañana cuando quiera.

Ciutti. Está bien. **Vase.**

Juan María. Pero, entendámonos, Jorge; porque todo esto me parece fantástico: ¿tú tienes ahí mil pesetas?

Jorge. ¿Yo qué he de tener? ¡Pero hubiera sido lo mismo, porque él tampoco tiene cambio! ¡Ahí de la vista de los hombres!

Risas generales.

Moyita. ¿Y si te llega á decir que tiene cambio?

Jorge. ¡Le doy la enhorabuena! **Nuevas risas.** Lo seguro ya es que el *champagne,* como yo quería, lo pagará mi suegro, y por consiguiente, haremos toda la cena con *champagne.* ¡El vino del amor!

Pasa Ciutti de una puerta á la otra.

Ciutti. ¡A la mesa!

Todos. ¡A la mesa! ¡á la mesa!

Se van hacia el comedor alegremente, mientras cae el telón.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Sala de paso en el hotel de don Basilio Gandía, padre de la novia de Jorge. Salidas por la derecha y por la izquierda. Al foro un gran mirador de cristales que da al jardín. Buen gusto y riqueza. Es una mañana de otoño.

—

JULIA, la novia, vestida de blanco, espera el momento de ir al altar. Está lindísima,

«porque además de hermosa, brilla en ella
la bondad que hermosea la hermosura.»

La rodean NIEVES, IRENE, CECILIA, MERCEDES y MATILDE, sus amigas más íntimas, tocadas de mantilla blanca. DON LEONCIO, el padrino, anda entre ellas como el pez en el agua. Viste de levita.

Don Leoncio. Muchas bodas he apadrinado en mi vida, y siempre ha habido que ver á la novia; pero á medida que me voy haciendo viejo me van cayendo en suerte las más bonitas.

Julia. Mil gracias, querido padrino. Es usted la flor de la galantería.

Matilde. No dice más que la verdad.

Nieves. Lo que es como esta no habrá usted apadrinado á ninguna.

Irene. Y si no, que se lo pregunten al novio.

Cecilia. Está sencillamente preciosa.

Matilde. Está monísima.

Nieves. Está que es un sueño.

Don Leoncio. ¡Está para casarse con ella!

Nieves. ¡Toma! Para eso está.

Don Leoncio. Si digo para casarme yo..

Julia. Don Leoncio, ¿usted reincidiría?

Don Leoncio. Contigo, ahora mismo.

Julia. ¿Y qué hacemos de Jorge?

Don Leoncio. Allá él.

Irene. Por Jorge no te apures: ya arreglaríamos eso.

Julia. ¡Pobrecillo! Mejor será no complicar las cosas; cásese usted con una de estas.

Don Leoncio. ¿Me querrán?

Las cinco. ¡Sí, sí, sí!

Don Leoncio. ¿Eh? Ya quisieran este partido más de cuatro pollos.

Mercedes. ¡Ay, qué pollos!

Matilde. ¡Ay, cómo están los pollos!

Nieves. Cada vez más cerriles. Los deportes nos los están embruteciendo. A mí me han presentado á uno que desde lejos me gustaba, y se ha pasado diez minutos tragando saliva sin saber cómo empezar la conversación.

Don Leoncio. ¡Qué torpe! Con elogiarte los lunares, que son cosa que salta á la vista, ya se ponía en camino de quedar bien.

Nieves. ¿Pues qué creerán ustedes que me preguntó?

Julia. ¿Si tienes novio?

Nieves. No.

Don Leoncio. ¿Si tienes perro?

Nieves. No, señor; si tengo cosquillas.

Cecilia. ¡Qué bruto!

Matilde. ¿Y qué le contestaste? Porque yo me hubiera visto negra.

Nieves. Que sí las tengo; pero que no era él el lla-

mado á buscármelas. Y lo dejé con la palabra en la boca. ¡Que se vaya á arar!

Mercedes. ¡Naturalmente!

Irene Ah, pues yo con esos brutos me divierto mucho.

Llega por la derecha ISABEL, también de mantilla.

Isabel. Hija, he cerrado una de esas puertas, porque está la casa llena de gente, y si entran aquí todos te van á marear y á aturdir. ¡Jesús, qué algarabía! ¡Y qué temperatura moral! Veo que no hay nada como un casamiento para despertar el amor en todas sus fases.

Julia. ¿Por qué lo dices?

Isabel. ¡Porque acaba de preguntarme un pollo que si tengo cosquillas!

Nieves. ¡El mío!

Isabel. ¿Cómo el tuyo?

Cecilia. Uno que le ha preguntado lo mismo á esta.

Isabel. ¿Es de veras?

Matilde. ¿Pero ese hombre no sabe otra cosa?

Irene. ¿Será *masagista?*

Isabel. ¡Por lo visto!

Mercedes. Yo voy á pensar una contestación para cuando me lo pregunte á mí.

Don Leoncio. Pues mira, yo te la daré. «Señorita, ¿tiene usted cosquillas?» «No, señor; yo no tengo cosquillas; pero mi mamá aquí presente, sí.» Y con tal motivo lo presentas á tu mamá... y ya es un paso para que entre en la casa

Isabel. No hay que burlarse; cada hombre tiene su ideal amoroso. Después de todo vale más que lo diga. Por lo menos es franco y leal: se presenta ya con las cosquillas en la mano.

Julia. Tienes razón. Y por ahí se empieza. Así empezó Jorge.

Nieves. ¿Cómo así?

Julia. Con toda sinceridad. Recuerdo que me dijo

de pronto: «Me gusta usted infinitamente más que Wagner.» Y aquella salida me hizo gracia... y ya veis. Claro que esto sólo fué el principio; pero lo digo á propósito de lo que hablamos. Luego vi lo bueno que era, lo que me quería .. Estoy muy contenta; estoy segura de que seré dichosa al lado suyo

Don Leoncio. Bien puedes estarlo.

Julia. ¿Cree usted?

Don Leoncio. A pies juntillas. En el matrimonio, con que uno quiera ser dichoso, ya lo son los dos. La paz estará asegurada si el enemigo no encuentra con quien pelear.

Nieves. Eso es una verdad muy grande. En mi casa lo veo: tengo un tío que siempre va buscando camorra, y como todos le seguimos la corriente, se echa á la calle á desfogar.

Don Leoncio. Siempre recuerdo á este propósito aquella frase que se le atribuye á un gran poeta, á quien le preguntaron: «Don Fulano, pero ¿usted oye misa?» Y él respondió graciosamente: «Me cuesta menos que oir á mi mujer.» He aquí toda la filosofía de la paz conyugal, en concepto mío. Transigir, disimular, engañar, si es conveniente hacerlo.

Isabel. ¿Engañar también, don Leoncio?

Don Leoncio. ¡Pues claro, mujer! ¿Qué importa una mentira bien intencionada?

Isabel. Si es bien intencionada menos importa una verdad.

Don Leoncio. No lo creas; esas son las ideas de tu padre, que es un tarugo; incapaz de flexibilidad ninguna.

Isabel. Incapaz de engañar á nadie, don Leoncio. La verdad, siempre la verdad; aunque hiera, aunque lastime; pero la verdad siempre.

Don Leoncio. ¡Su padre! ¡su padre! Lo estoy oyendo. Con una voz más argentina, pero lo estoy oyendo.

Isabel. Tú hazme caso á mí, Julia: no le mientas nunca á tu marido... ni siquiera en sueños.

Julia. Oh, no; no podría. Ni él á mí tampoco: me quiere mucho.

Don Leoncio. Bueno, bueno; me parece muy bien Mientras no haga falta...

Julia. No hará falta nunca.

Don Leoncio. ¡Encantado el padrino en primer lugar! Pero tú tienes veinticuatro años y yo sesenta. Y no hablemos más del negocio. Voy allá fuera, á ver cómo anda eso, y á animar á tu padre, que está el infeliz hecho un trapo.

Julia. Sí que lo está, sí... Se queda tan solo... tan solo...

Don Leoncio. ¡Ah, pues que se fastidie! Ese es otro cantar. A mí no te me pongas mustia. Lo natural es que tu padre se quede aquí hecho un sauce llorón, y tú te vayas por ahí hecha una rosa con tu novio, riéndote del mundo. ¡Y así es la vida! ¡Y no la arregla ya ni el padre de esta! ¡Las novias de hoy serán las suegras de mañana! ¡Y el que no quiera llegar á suegro, que se muera marido... y así nos deja una viudita apetitosa! Hasta luego, ahijada; hasta luego. **Se va por la derecha. Las muchachas se ríen.**

Isabel. La mitad de lo que dice no lo siente; es que se complace en coquetear con la imaginación.

Julia. Es un burlón de marca, pero más bueno que el pan bendito.

Cecilia. Lo que debe de haber sido es un gran *farrista*, como dicen en Buenos Aires.

Matilde. Creo que ha tenido muchas novias.

Irene. Dichoso él.

Isabel. Una por semana.

Irene. Dichoso él: como yo los novios.

Nieves. ¡Hija, qué anzuelo! ¡Un novio por semana!

Irene. Así me divierto. Después, cuando me case,

no voy á tener más que un marido para toda la vida...

Nieves. ¡Claro!

Risas. Silencio.

Julia. Ha pasado un ángel.

Isabel. Será el amor, que también tiene alas. Suspirando. ¡Ay!

Julia. ¡Qué suspiro, Isabel!

Isabel. Maquinalmente.

¿Quién te llevó de la rama,
que no estás en tu rosal?...

Julia. ¿Qué dices?

Isabel. ¡Qué sé yo! Una muletilla con que me he levantado esta mañana, que no se me va de la cabeza. No me tomeis en cuenta nada de lo que diga, porque estoy en un estado de nervios... ¡Ay, qué martirio! ¡Parece que soy yo la que va á casarse!

Nieves. Yo también tengo un bailecito interior...

Mercedes. En cambio esta...

Julia. No me sorprende que vosotras, que tanto me quereis, esteis más inquietas que yo. No conoceis á Jorge. Es muy bueno. Pensais en mi porvenir con la zozobra que os inspira vuestro cariño. Pero es porque no conoceis á Jorge. Es muy bueno; muy bueno. Si no fuera tan bueno, á buen seguro que me quisiera como me quiere. Los malos no quieren, ¿verdad?

Isabel. Dicen que quieren... Como los otros... Pero vaya usted á saber cuál es bueno ó es malo, y cuál quiere de veras ó cuál no. ¡Jesús, que tonta estoy! Me he empeñado en poneros tristes.

Matilde. Estás filósofa.

Isabel. Estoy inaguantable.

Cecilia. ¿Quién viene?

Por la derecha llegan MOYITA y JUAN MARÍA.

Moyita. Aquí hay dos intrusos de confianza.

Julia. Pasen, pasen. Estábamos hablando mal de los hombres.

Juan María. ¿De todos, Julia?

Julia. Menos de uno.

Juan María. Pues hoy, en salvándose ese, que perezcan todos los demás.

Isabel no puede ocultar su desasosiego desde que aparece Juan María. Al fin, con un pretexto, se retira por la izquierda.

Isabel. Bueno, Julia, hasta ahora. Voy á ver si ha llegado más gente.

Julia. Hasta ahora, Isabel.

Juan María se da cuenta de que Isabel le huye, y la ve alejarse, disimulando su contrariedad.

Moyita. ¿Y qué pensará usted que nos trae, lindísima novia?

Julia. Usted dirá, Manolo.

Moyita. Una pretensión modestísima. La de que nos dé usted el primer alfiler que se quite después de la ceremonia, para que Juan María, que se quiere casar este año, se lo clave á Jorge. ¡Je!

Julia. El primero ya no puede ser: está comprometido. ¡Compadezco á Jorge! ¡Cómo me lo van á poner á alfilerazos!

Nieves. Hecho un acerico materialmente.

Julia. ¡Yo no sé los alfileres que me han pedido ya!

Mercedes. Pero ¿es cierto que piensa usted en casarse?

Juan María. Lo piensa Moyita por mí.

Matilde. ¿Tiene usted ya novia?

Moyita. Yo corro con todo: soy su agente.

Irene. ¿Sabe usted mis señas, Moyita?

Nieves. ¡Claro! Como á usted le ha ido tan bien con Aurora...

Julia. Y á los dos les sale á la cara la felicidad.

Matilde. Aurora está guapísima.

Nieves. Siempre lo fué; pero, vamos, con el matrimonio ha ganado mucho.

Moyita. ¡Quien ha ganado he sido yo!

Cecilia. ¿Sí?

Moyita. Sí Pásmese usted: he ganado seis kilos.

Nieves. ¿Pesaba usted cuatro?

Risa general La cara de Moyita es un sol de dicha en este momento. Pero la dicha dura poco.

Moyita. ¡Ay, qué buena sombra!

Nieves. Oiga usted, Moyita: ¿y todavía... estamos como estábamos?

Moyita. ¿Eh?

Mercedes. Yo creo que sí.

Matilde. Notársele no se le nota nada.

Nieves. ¿De manera que no hay novedad?

Irene. ¿No hay novedad?

Moyita. Amargadísimo. ¡No hay novedad!

Juan María. ¡Ni la habrá nunca! ¿Quién piensa ya en eso? ¡Ese asunto huele ya á cosa añeja! ¡Válgame Dios y qué falta de gracia!

Moyita. Nervioso. Mira, mira, mira... Te advierto que... En fin, no quiero hablar... todavía.—Aquí está el padrino.

Vuelve DON LEONCIO por donde se marchó.

Don Leoncio. En efecto: aquí está el padrino, honrado con serlo de tan gentil muchacha, y aquí está el brazo del padrino para conducirla ya sin perder minutu adonde esperan un altar, un sacerdote y un novio.

Julia. ¿Ya?

Don Leoncio. Sí, hija mía; ya.

Julia. Dándole el brazo á don Leoncio. Pues vamos.

Don Leoncio. Vamos.

Nieves. Sin poder ahogar un suspirito. ¡Ay!

Se marchan por la derecha en silencio. Las cinco amigas los siguen lo mismo, llenas de emoción. Juan María y Moyita contemplan la marcha, también silenciosos.

Juan María. Hablando al fin, cuando se queda solo con Moyita. Me da lástima de esa niña, Manolo. Seamos sinceros: nuestro amigo Jorge no se la merece. ¿Verdad?

Moyita. Distraído. ¿Cómo?

Juan María. Ah, pero ¿no me oyes?

Moyita. ¡Ni oigo á mi padre, cuando me ocurren ciertas cosas! Que me lo pregunten los hombres, malo; pero que me lo pregunten las mujeres, me vuela.

Juan María. ¿El qué?

Moyita. ¡Si hay novedad ó no hay novedad! Pero anda que... Bueno. No quiero echar roncas. A las mujeres me dan unas ganas de decirles... Claro que no se lo debo decir; pero me dan unas ganas de decirles... Naturalmente que no sería correcto; pero me dan unas ganas de decirles... A Juan María que, sin atenderlo, mira hacia la izquierda. ¿Qué haces tú?

Juan María. ¿A ti qué te importa? Ocúpate de tus... asuntos, y déjame á mí. El deber de todo ciudadano es constituir una familia.

Moyita. ¡Canastos! ¡Vais á concluir por amargarle el matrimonio al único casado que no se la pega á su mujer! ¡El único! ¿Y sabes tú lo que te digo yo ahora, dejando mis asuntos, como les llamas tú, para meterme un poco en los tuyos? Que á mí no me la das: que tengo tu secreto.

Juan María. ¿Eh?

Moyita. ¿Hola? Parece que te he llegado á lo vivo. Pues, sí, señor: tengo tu secreto.

Juan María. ¿Cuál? Porque son tantos ..

Moyita. El que te preocupa hoy por hoy. Estás sin estar en ti. Todo el mundo lo atribuye á la nerviosidad natural del casamiento de un íntimo amigo. Yo no: yo sé que no es eso.

Juan María. Bajando instintivamente la voz. Pues ¿qué sabes tú?

Moyita. Lo mismo. Yo sé, porque llevo atando cabos

toda la mañana, que tu novia de esta primavera es esa que se fué por ahí: Isabel Lozano.

Juan María. Calla.

Moyita. ¿Ves cómo lo sé? Sé también, porque no en balde estuve y estoy enamorado, y el amor iguala á los tontos y á los discretos, que tú reñiste con ella creyendo que olvidar es saltar de una flor á otra sin más trabajo que batir las alas; y á pesar de tu experiencia de las mujeres y del mundo, esta vez te engañaste, y cuando te encuentras con ella se te alborota el corazón.

Juan María. No es eso.

Moyita. Sí es eso.

Juan María. Como quieras. Te confieso que no me agrada que si me acerco á ella me vuelva la espalda bruscamente. ¿Por que terminara nuestro amor va á terminar también nuestra amistad? No hay más que esto en lo que has observado.

Moyita. Sí, sí.

Juan María. La amistad entre hombre y mujer, ó va camino del amor ó por él ha pasado ya. Y créeme: esta amistad *á posteriori* es un sentimiento finísimo, de un perfume suave, de una dulzura con dejo amargo que á mí me deleita paladear.

Moyita. Pues á ella se conoce que no.

Juan María. Se conoce.

Dentro, hacia la derecha, principia á oirse música lejana, como acompañamiento de la ceremonia nupcial

Moyita. ¿Oyes, Juan María? Nuestro amigo Jorge va á casarse.

Juan María. Es verdad. Allí está nuestro puesto ahora.

Moyita. Vamos. Se van por la derecha.

Atraída por el rumor de la música vuelve por la izquierda ISABEL.

Isabel. Ya parece que empieza la ceremonia. No hay ninguna más breve.. ni que más dure. Me fal-

ta valor para presenciarla en este caso. ¡Pobre Julia! Se la lleva un hombre que tiene el corazón podrido.

¿Quién te llevó de la rama,
que no estás en tu rosal?...

Por algo me han despertado á mí esta mañana estos versos... Y son de él... del otro... ¡del que creí que era mío! **Silencio.** ¡Pobre Julia! ¡Pobre criatura! **Abstraída y como impulsada por sus sentimientos, dice melancólicamente los versos que le llenan el alma.**

Era un jardín sonriente;
era una tranquila fuente
de cristal;
era, á su borde asomada,
una rosa inmaculada
de un rosal.
Era un viejo jardinero
que cuidaba con esmero
del verjel,
y era la rosa un tesoro
de más quilates que el oro
para él.

—

A la orilla de la fuente
un caballero pasó,
y la rosa dulcemente
de su tallo separó.
Y al notar el jardinero
que faltaba en el rosal,
cantaba así plañidero,
receloso de su mal.

—

—Rosa la más delicada
que por mi amor cultivada

nunca fué;
rosa la más encendida,
la más fragante y pulida
que cuidé;
blanca estrella que del cielo
curiosa de ver el suelo
resbaló;
á la que una mariposa
de mancharla temerosa
no llegó:
¿Quién te quiere? ¿quién te llama
por tu bien ó por tu mal?
¿Quién te llevó de la rama,
que no estás en tu rosal?

—

¿Tú no sabes que es grosero
el mundo? ¿Que es traicionero
el amor?
¿Que no se aprecia en la vida
la pura miel escondida
en la flor?
¿Bajo qué cielo caíste?
¿A quién tu tesoro diste
virginal?
¿En qué manos te deshojas?
¿Qué aliento quema tus hojas
infernal?
¿Quién te cuida con esmero
como el viejo jardinero
te cuidó?
¿Quién por ti sólo suspira?
¿Quién te quiere? ¿Quién te mira
como yo?
¿Quién te miente que te ama
con fe y con ternura igual?

¿Quién te llevó de la rama,
que no estás en tu rosal?

—

¿Por qué te fuiste tan pura
de otra vida á la ventura
ó al dolor?
¿Qué faltaba á tu recreo?
¿Qué á tu inocente deseo
soñador?
¿En la fuente limpia y clara,
espejo que te copiara
no te di?
¿Los pájaros escondidos,
no cantaban en sus nidos
para ti?
¿Cuando era el aire de fuego,
no refresqué con mi riego
tu calor?
¿No te dió mi trato amigo
en las heladas abrigo
protector?
Quien para sí te reclama,
¿te hará bien ó te hará mal?
¿Quién te llevó de la rama,
que no estás en tu rosal?

—

Así un día y otro día,
entre espinas y entre flores,
el jardinero plañía
imaginando dolores,
desde aquel en que á la fuente
un caballero llegó,
y la rosa dulcemente
de su tallo separó.

Queda en silencio unos instantes. La música lejana, cesa á poco. Luego, prestando oído hacia la derecha, dice:

Me he distraído... La ceremonia ha debido de concluir hace un rato. Sí; en efecto... siento el rumor de besos y felicitaciones. Voy allá.

En este momento llegan DON LEONCIO, JORGE, MOYITA y RAFAEL. Moyita viene todavía abrazando á Jorge.

Don Leoncio. Por aquí, Jorge; por aquí.

Moyita. Chico, chico, ¡la vida del hombre bueno!.

Isabel. Deteniéndose. ¡Oh, Jorge! Mil felicidades.

Jorge. Muchísimas gracias, Isabel.

Don Leoncio. ¿No has estado tú en la capilla?

Isabel. No, señor. Poquedad de ánimo. Igual me ocurre siempre.

Jorge. ¿Le asustan á usted los matrimonios?

Isabel. Me asustan.

Rafael. La verdad es que el acto es cortito, pero le encoge el corazón al más terne. Lo confieso.

Jorge. ¡Pues ya me has visto á mí!

Rafael. Ya, ya te he visto. Empezaste con una sonrisita de hombre jovial y despreocupado, y acabaste con una cara de á metro. ¡Más serio que mi coronel!

Risas.

Jorge. ¡Bah! Visiones tuyas. ¡Pues á fe que me dan un palo! ¡Me llevo la cara más bonita que ha venido de Cuba!

Don Leoncio. Anda, anda á mudar de traje, para que os escapeis en seguida. Todos los abrazos que ahora des tú y todos los besos que dé tu novia... es gastar la pólvora en salvas.

Moyita. ¡Dice bien don Leoncio!

Jorge. Hasta luego, Isabel.

Isabel. Hasta luego, Jorge.

Moyita. ¡Ya eres de los míos, buena pieza!

Se van por la izquierda. Por la derecha salen NIEVES y CECILIA.

Isabel. Venid acá; contadme. ¿Y Julia?

Nieves. Se está cambiando de vestido.

Cecilia. Pero ¿tú no la has visto casarse?

Isabel. No.

Nieves. Mujer, eres tonta. Pues mira, ella muy serena; pero muy serena.

Isabel. ¿Y él?

Cecilia. El muy pálido. La procesión iba por dentro.

Nieves. ¿Tú te fijaste? Parecía que iba adelgazando, á medida que el obispo le leía la Epístola.

Cecilia. ¡Y qué bien la ha leído el buen señor!

Nieves. ¡Y qué bonitas palabras dijo luego!

Cecilia. ¡Y qué joven es para ser obispo!

Nieves. Sí; pero yo hubiera traído otro.

Isabel. ¿Otro obispo?

Nieves. Otro en vez de ese: menos colorado: menos robusto.

Isabel. ¿Por qué?

Nieves. Mujer, porque si se fijan los muchachos en que el único hombre que seguramente no se casa, goza de tan buena salud... ¡cualquiera los decide! Ellos que necesitan poco...

Isabel. ¡Ja, ja, ja!

Cecilia. ¡Qué cosas se le ocurren á esta!

Salen por la derecha Matilde y Juan María.

Matilde. Nada, nada, no se me escapa usted.

Juan María. Si no quiero escaparme, Matilde.

Cecilia. ¿Qué es eso?

Matilde. Que me va á escribir unos versos en el abanico.

Cecilia. ¿Ahora?

Juan María. Ahora.

Cecilia. Ay, pues yo no quiero ser menos.

Juan María. Ni yo quiero que usted lo sea.

Nieves. ¿Y yo, voy á quedarme desairada?

Juan María. ¡No faltaría más! Habra consonantes para todas. Y para ti también, Isabel.

Isabel. Gracias. Ya tengo versos tuyos.

Matilde. ¡Qué suerte, hija!

Isabel. La misma que vosotras... Porque improvisa que es un asombro. Ya vereis...

Nieves. A Isabel, cogiéndole el abanico que lleva. ¿Aquí te ha escrito algo?

Isabel. No; en este no.

Juan María. ¿No es en ese? A verlo. Nieves se lo entrega. Isabel reprime un movimiento de protesta. Pues es muy lindo. Y el país es muy á propósito para escribir en él.

Isabel. Bien, bien; tráelo.

Juan María. ¿Quieres que te lo firme?

Isabel. No quiero cansarte el ingenio... del que ya me has dado grandes pruebas.

Juan María. ¿Te burlas? Pues con tu permiso, aunque me fatigue, te pondré en él algún piropo.

Isabel. Disimulando su contrariedad. Allá tú. Pero date prisa, que quiero estar un rato con Julia.

Juan María. ¡Oh! Las cosas se han de hacer por orden. Primero el de Matilde, que ha sido la de la ocurrencia. Todo ello no pasará de diez minutos.

Matilde. Pues á ver si se luce usted.

Juan María se sienta ante una mesita escritorio, sin soltar ya un momento el abanico de Isabel. Sucesivamente va firmando los de las amigas.

Juan María. Ojalá acierte á escribir algo digno de que sus ojos lo lean.

Matilde. ¡Ay, qué galante!

Escribe Juan María.

Nieves. ¿Qué tienes tú, Isabel?

Isabel. ¿Yo? Nada.

Nieves. ¿Te ha disgustado que le dé tu abanico?

Isabel No. ¡Qué disparate!

Nieves. Creí.

Juan María. Oiga usted, Matilde. Leyendo.

En el cielo hay una estrella
que brilla como ninguna:

la luna la envidia á ella,
y á ti la estrella y la luna.

Matilde. ¡Mira qué bien! Un millón de gracias, Juan María.

Cecilia. Sí que son bonitos de veras.

Nieves. ¡Y qué facilidad!

Isabel. Estos poetas son el diablo. No les cuesta trabajo, ni la verdad, como en esta ocasión, ni la mentira, como otras veces

Matilde. Se los voy á enseñar á mi hermana. **Vase corriendo.**

Cecilia. Ahora me toca á mí.

Juan María. Sí por cierto; á usted.

Isabel. Pues dame entre tanto mi abanico, que tengo un calor...

Juan María. **Dándole el de Nieves.** Toma.

Isabel. Este no es el mío.

Juan María. Pero hace aire, que es para lo que lo quieres tú.

Isabel. Eso sí. **Se abanica con rabia.**

Nieves. Mejor sería que le hubiera usted dado el suyo; porque me lo va á hacer añicos. Estás hoy rarísima de nerviosa y de tonta.

Cecilia. Sí que lo está.

Isabel. Será el tiempo.

Juan María. Señorita Cecilia: atención.

Cecilia. ¿Ya?

Juan María. Ya, ya.

Cecilia. Son disparos.

Juan María. **Leyendo.**

Tu abanico es mariposa
que en tu mano se posó,
porque en su vuelo otra rosa
más bonita no encontró.

Cecilia. ¿De verdad? ¡Qué fino es usted y qué bien dice las finezas!

Nieves. ¿Le quedarán á usted flores para mí?

Isabel. Pierde cuidado; tiene para todas. Toma el abanico.

Nieves. *Entregándoselo á Juan María.* Tenga usted.

Llega MATILDE con dos abanicos más. La impaciencia de Isabel aumenta.

Matilde. Usted va á decir que es un abuso; pero no hay más remedio que poner en estos dos cualquier tontería.

Juan María. ¡Matilde!

Matilde. Al que se hace de miel... Este es de mi hermana: va todavía con el traje corto.

Juan María. Bueno.

Matilde. Y este de Manolita Ruiz.

Nieves. Mira, no lo distraigas, que está ya pensando mis versos.

Cecilia. Oye los que me ha puesto á mí.

Matilde. A ver.

Cecilia. *Leyendo.*

Tu abanico es mariposa
que en tu mano se posó,
porque en su vuelo otra rosa
más bonita no encontró.

Matilde. Lo que más me encanta es lo á propósito que son todos ellos.

Juan María. ¿Nievecitas?

Nieves. Como se haya usted quedado corto, lo mato.

Juan María. *Leyendo.*

Tersa, alegre, blanca y fina,
en apariencia es igual
la nieve á la sal marina.
Dime tú, Nieves divina,
si eres nieve, ó eres sal.

Nieves. No se ha quedado corto.

Isabel. Pero eso mismo se lo has puesto ya á otra.

Nieves. ¿Eh?

Juan María. No, no se alarme usted, Nievecitas: no tengo esa mala costumbre. Es que Isabel hoy tira con bala. Aunque yo quisiera, no podría decirles á dos mujeres la misma cosa, porque olvido con facilidad lo que escribo.

Isabel. Sí; lo he observado. Escribes y olvidas con la misma facilidad.

Juan María. Es que sería un suplicio para mí recordar todo cuanto he escrito.

Isabel. También convengo en ello. Mira si te doy la razón.

Matilde. Ea, pues ande usted con el abanico de mi hermana.

Isabel. No, no: primero el mío: le ha llegado su turno.

Juan María. Los últimos serán los primeros, Isabel. Contigo tengo más confianza. Dispensa.

Nieves. Voy á leerle esta preciosidad al ganso que me preguntó lo de las cosquillas.

Cecilia. Te acompaño, que quiero conocerlo.

Nieves. Poeta, ¿le traigo á usted una copita de *champagne?*

Juan María. Allá iré yo á tomarla con ustedes.

Nieves. Que lo esperamos, ¿eh? **Se va charlando con Cecilia.**

Juan María. Matilde: para su hermanita.

Matilde. ¡Pero qué pronto! Echa menos tiempo que en retratarse. Léamelo usted.

Juan María. **Obedeciéndola.**

Tengo en mi huerto una rosa
primorosa,
rosa de pitiminí:
y oye, chiquilla preciosa,
una cosa:
mi rosa es igual á ti.

Matilde. ¡Lindísimos! Se va á volver loca la mocosilla.

Juan María. ¿Y quién es la dueña del otro?

Matilde. Manolita Ruiz.

Juan María. No la recuerdo. ¿Es guapa?

Matilde. Psche.

Juan María. ¿Tiene bonitos ojos?

Matilde. Psche.

Juan María. ¿Tiene bonita boca?

Matilde. Psche.

Juan María Pues ¿qué tiene, entonces?

Matilde. Tiene... tiene el novio fuera de Madrid.

Juan María. ¡No hablemos más! ¡Nos hemos salvado

Matilde. A Isabel. Ni que sean guapas ni que sean feas se apura él. Siempre encuentra salida.

Isabel. Sí; pero prefiere que sean guapas

Matilde. Y hay que alabarle el gusto. ¿No?

Isabel. Sí.

Juan María. Tome usted, Matildita; y por Dios no me traiga más.

Matilde. Esté usted tranquilo. ¿Qué le ha puesto?

Juan María. Algo con motivo del novio ausente. Leyendo.

He de pedir en la Audiencia
para todo malhechor,
que lo condenen á ausencia,
que no hay castigo mayor.

Matilde. ¡Qué bien está! Va á llorar de alegría; porque ella es un poquillo sensible. ¿Y todo esto lo saca usted de su cabeza?

Juan María. No tengo otro sitio de donde sacarlo, señorita.

Matilde. ¡Qué guasón! Pues nada, muchísimas gracias, muchísimas gracias y muchísimas gracias.

Juan María. No las merece.

Matilde. Y ahora, á hacer entrega de las joyas. ¿Vienes, Isabel?

Isabel. Así que rescate mi abanico.

Matilde. Es verdad. *Se va por la derecha.*

Por la izquierda vuelve DON LEONCIO y se va por la derecha también.

Don Leoncio. ¿Qué haceis aquí como dos pasmarotes? Venid allá á beber una copa. Yo voy por Julia. Mi misión no acaba hasta que se fuguen los novios. ¿Qué es eso, no venís?

Juan María. Ya vamos, ya.

Don Leoncio. ¡Ah! bueno.

Isabel. *Con resolución, apenas se marcha don Leoncio.* Dame el abanico.

Juan María. ¿El abanico?

Isabel. Sí.

Juan María. Perdona. Lo he retenido en mi poder porque quería hablarte.

Isabel. ¿Hablarme? ¿De qué?

Juan María. ¿No crees que haya nada que hablar entre nosotros?

Isabel. Hombre, entre dos personas que se tratan y que se encuentran, siempre hay que hablar algo, naturalmente. Hablemos, si quieres, de lo que aquí nos ha traído: de Julia, mi amiga; de su novio, tu amigo; de la boda de ambos; de la suerte que pueden correr... de todo ello podemos hablar Pero comprende que para venir á semejante conversación, que nace espontáneamente de las circunstancias, no era necesario el ingenioso ardid de quedarte con mi abanico.

Juan María. Como he pretendido acercarme á ti dos ó tres veces... y has huído...

Isabel. ¿Que yo he huído, Juan María? ¿Huir yo de ti? Mira, nada tengo de literata, pero creo que la idea de huída lleva por delante la de temor. ¿Y por qué he de temerte yo, criatura? ¿En qué cabeza cabe? No es esto dudar de que seas temible: pero yo no te temo.

Juan María. Ni lo soy ni hay por qué me temas. Quise decirte que donde quiera que yo he entrado me has vuelto la espaldá.

Isabel. Eso sí: pero eso, lejos de ser cobardía ni desdén, ha sido generosidad. Pensé que mi presencia encendería tal vez tus recuerdos, y como eres hombre de corazón sensible, librándote de ella esquivé el molestarte.

Juan María. Hay recuerdos que, aunque lastimen, gusta saborearlos.

Isabel. ¿Ah, sí? ¿Te gusta darte con la badila en los nudillos? Dispensa: la frase no es todo lo poética que mereces tú, pero se me ha venido á los labios.

Juan María. Al pasar por ellos se hace poética, Isabel.

Isabel. Ahí tienes: esa tuya es bastante cursi. ¿Ves cómo te trato con confianza, tonto?

Juan María. Eso quiero: que no haya entre nosotros resquemor ninguno.

Isabel. ¡Ninguno! ¿Por qué?

Juan María. Que seamos los amigos de antes.

Isabel. Los de antes, no: los de ahora. Hay que vivir el momento presente: mil veces me lo has dicho.

Juan María. Si entre nosotros, en rigor, no ha pasado nada ..

Isabel. Ya no estamos conformes. Entre nosotros ha pasado mucho... mucho: pero ha pasado.

Juan María. ¿Ha pasado?

Isabel. ¿Y tú me lo preguntas? ¿Y tú te precias de conocer mi corazón? No había para qué remover las cenizas de aquello que vanamente llamábamos nuestro cariño. Nuestro: de los dos. ¡Qué tontería! Pero ya que estoy regalándote el oído, porque te hablo de lo que tú querías hablar, te diré lo que con tu cariño hice cuando recibí el desengaño; y te lo diré con palabras de un poeta que tenía más corazón que tú:

Como se arranca el hierro de una herida
tu amor de las entrañas me arranqué,
aunque sentí al hacerlo que la vida
me arrancaba con él.

Juan María. ¿Te arrancabas con él la vida?

Isabel. Sí. ¿Cómo he de negarlo? Sería tan falsa como tú eres. Pero supe arrancármelo y vivir.

Juan María. Isabel...

Isabel. No es ocasión de defenderte: no te oigo. Tú ya no eres aquel, ni puedes serlo. Yo, como es lógico, tampoco puedo ser aquella. Ahora somos los dos amigos entre quienes no ha pasado nada, según tú pretendías. Pero como no se trata de personas enteramente vulgares, hay en nuestra amistad una circunstancia curiosa: que tú me conociste á mí hace algunos años, y yo no te he conocido á ti hasta hace algunos meses.

Juan María. No me has conocido, Isabel: te engañas por completo. Y si me has conocido, me juzgas mal.

Isabel. Te juzgo mal precisamente porque te he conocido. Pero no debemos insistir sobre cosa que ya está resuelta. Tú eres quien eres y yo soy quien soy: por eso estamos como estamos. ¿Qué me pides ahora? ¿Mi amistad? ¿Mi trato afectuoso? Nunca pensé negártelos.

Juan María. Yo temí que sí.

Isabel. Pues ya has visto que no.

Juan María. Pues era cuanto yo quería.

Isabel. Pues que sea enhorabuena. Eres el ser más dichoso del mundo: lo que sueñas, lo que consigues.

Juan María. Es verdad. Por eso algunas veces me espanta, como á niño mimado, la idea de tener un sueño y no conseguirlo.

Isabel. ¡Ay, Juan María! No todo han de ser flores y revolar de mariposa. Día llegará en que las lágrimas te quemen los ojos.

Juan María. ¿Crees que aún no he llorado nunca, Isabel?

Isabel. Sí; pero... *en verso.*

Juan María. *En poeta* me pediste en alguna ocasión que te hablara.

Isabel. Hablar no es llorar, Juan María. Las lágrimas no han menester de poeta mentiroso que las adorne. Suben del corazón á los ojos... y ya son poesía.

Juan María. ¿Y si son de amor?

Isabel. Poesía de poesía. Pero es cercado en que no deben entrar dos amigos.

Juan María. ¿Ni por curiosidad?

Isabel. La curiosidad es condición femenina, y aquí la mujer está curada de ella. Conservémonos, pues, en el terreno de nuestra apacible amistad.

Juan María. Bueno, pues... la amistad no consiste sólo en palabras.

Isabel. Ni la amistad ni nada.

Juan María. Hemos convenido en concretarnos á la amistad.

Isabel. ¿Y qué? ¿Ya quieres pruebas de la mía?

Juan María. Una quiero; sí.

Isabel. Habla.

Juan María. Mi padre, como sabes, no sale de casa por las noches en cuanto refresca. Los buenos amigos van á hacerle un rato la tertulia. El año pasado ibas tú con tu padre: este año, hasta ahora, no has ido. ¿Irás?

Isabel. Iré. Ya te he dicho antes lo que me impulsaba á alejarme de ti. ¿Deseas otra prueba?

Juan María. Te agradezco la que me das.

Isabel. ¿Y te hallas dispuesto á corresponderme?

Juan María. ¿Lo dudas?

Isabel. Sí ¿No ves que te conozco?

Juan María. Pídeme lo que quieras.

Isabel. Primero, el abanico, que todavía no me has devuelto.

Juan María. Tómalo.

Isabel. Y después la promesa de entregarme también el único recuerdo mío que aún conservas.

Juan María. No sé á qué te refieres.

Isabel. Sí lo sabes. Cuando me devolviste mis cartas te quedaste con un retrato. Como es mío, lo quiero.

Juan María. ¿Y si se me hubiese perdido?

Isabel. Sería el complemento de tu hazaña. Pero no mientas: no se te ha perdido. Sé que está en tu despacho, entre otros.

Juan María No está entre otros.

Isabel. Pero está allí, y donde debe estar es en mi casa.

Juan María. Pues perdónale á nuestra apacible amistad--como la has llamado—esta primera falta; pero no te lo doy.

Isabel. ¿Que no?

Juan María. No. De mi cuarto de trabajo no sale.

Isabel. Eso, ya lo veremos.

Juan María. Ya lo verás.

Por la derecha vienen DON LEONCIO y JULIA, y las AMIGAS de esta, y casi al mismo tiempo, por la izquierda, JORGE y sus AMIGOS. Los recién casados en traje de viaje.

Don Leoncio. Vamos, vamos; no te entretengas.

Isabel. ¡Julia!

Julia. ¡Isabel! Te echaba de menos.

Se abrazan fuertemente y se besan.

Isabel. ¿A qué decirte lo que yo deseo para ti?

Jorge. Julita: tu padre está en el coche aguardándonos hace un cuarto de hora.

Julia. Pues vamos en seguida Adiós, Isabel.

Isabel. Adiós, Julia. **Vuelven á abrazarse y á besarse con efusión.**

Después, Julia, se despide asimismo de los demás.

Jorge. **Abrazando también á sus amigos.** ¡Adiós, Rafael!

Rafael. ¡Adiós, chico: que te portes mejor que Moyita!

Moyita. ¡Qué pesados sois!

Jorge. ¡Moyita insigne!

Moyita. ¡Aprieta, muchacho! ¡Me das un gran día con tu casamiento!

Jorge. ¡Poeta: salud, inspiración... y á imitar mi ejemplo cuanto antes!

Juan María. ¡Se tendrá presente el consejo! ¡Adiós!

Don Leoncio. Vamos, vamos... que el suegro espera... y todavía es pronto para darle disgustos.

Jorge. Adiós, Isabel.

Isabel. Vaya usted con Dios, hombre afortunado.

Julia. ¡Adiós, adiós á todos!

Isabel. ¡Adiós!

Jorge. Dándole el brazo á Julia. ¿Eh? ¿Me voy con alguien? ¡Hasta la vuelta!

Juan María. ¡Hasta la vuelta!

Rafael. ¡Adiós!

Moyita. ¡Adiós!

Se van por la derecha don Leoncio, Julia y Jorge.

Juan María. ¡Ay! Ciertamente es hermoso: hermoso y envidiable. Elegir una mujer entre todas... y cruzar la vida de su mano.

Isabel. ¿Qué sabes de eso tú?

Juan María. ¡Isabel!

Moyita. Tiene muchísima razón: ¿tú qué sabes de eso?

Nieves. Señalando hacia el jardín. ¡Allá van!

Todos miran y los saludan.

Moyita. ¡Adiós!

Rafael. ¡Adiós, Jorge!

Nieves. ¡Adiós, Julia!

Todos. ¡Adiós! ¡adiós!

Isabel. ¿Quién te llevó de la rama,
que no estás en tu rosal?...

Rafael. A Juan María. ¡Compañero! ¡Nos huele la cabeza á pólvora! ¡Es el segundo de la partida que cae!

Juan María. ¡El segundo!

Moyita. ¡El segundo! ¡Y como tenga un hijo el año que viene... yo me tengo que marchar de Madrid!

Todos. A los novios, saludándolos por última vez. ¡Adiós! ¡adiós! ¡adiós!

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

Estudio de Juan María en su casa. Una puerta al foro, hacia la derecha, y otra á la izquierda del actor. En el centro la mesa de trabajo. Muebles severos y elegantes. Estanterías abiertas llenas de libros. Ante ellos, en algunas tablas, retratos de mujeres en fotografía. Cuadros de pintores modernos. En un rincón, sobre una columna, una reproducción de la Venus de Milo. Es de noche. Luces.

—

JUAN MARÍA está sentado leyendo en un libro. A poco LAURO, con traje dominguero y sombrero en mano, se presenta en la puerta del foro.

Lauro. ¿Hay permizo?

Juan María. Adelante, Lauro.

Lauro. ¿No te estorbo?

Juan María. Al contrario, hombre: me distraes. ¿Has cenado ya?

Lauro. Ahora mesmo.

Juan María. ¿Vienes de despedida?

Lauro. Justamente. Mañana por la mañana pito pa *Los Rozales* otra vez.

Juan María. Poco te gusta estar en Madrid.

Lauro. No es que me guste ni que me dijuste, zino

que á lo que vengo, vengo. Arreglé mis cuentas con tu padre, nos convinimos en lo que ze ha de hacé en la güerta nueva, me entregó los cuartos precizos... y espachao.

Juan María. Bien, hombre, bien.

Lauro. Además, ¿tú zabes las cartas que estoy yo recibiendo de mi Dolores? ¡Jozú! Dolores ze cree que yegá á Madrí, dá er biyete en la puerta e la estación y cogé una pormonía, es to la misma coza.

Juan María. Así lo creen muchos andaluces

Lauro. ¡Zi quería darme argodones pa que me tapara hasta la narí! Y ezo que er rigó del ivierno va ya pazao.

Juan María. ¿Y por qué no te acompañó para estar más tranquila?

Lauro. ¿Dolores? Bájate der macho que te vas á canzá. Ni por una esportiya de onzas de oro paza un *túnele*. Yo no zé qué jinojo ze le ha figurao á eya con los *tunes;* pero no paza un *túnele* zi la matan.

Juan María. ¡Ja, ja, ja!

Lauro. Con que azí es que, ya que he rematao, me güervo á escape pa que le zarga er zusto der cuerpo. ¿Te veremos por ayá esta primavera?

Juan María. No sé; todavía no lo sé.

Lauro. Pos la pazá no te fué malamente.

Juan María. ¡Ah! no.

Lauro. ¿Te acuerdas de la noche que me mandaste apareja la jaca... y zi no ando vivo e la vista toavía está la jaca apareja y yo esperándote en la verja?

Juan María. ¡Ya lo creo que me acuerdo!

Lauro. Tu conquista de aqueya noche ze caza.

Juan María. ¿Quién?

Lauro. Frasquita la del estanco: la viuda.

Juan María. ¿Se casa otra vez la viuda?

Lauro. Otra vez. ¡Y las que le quean!

Juan María. Los hay valientes. Este es el tercero.

Lauro. Er tercero. Y er pobrecito va á durá menos que un eclize.

Juan María. Casarse con una mujer así es una de las formas más agradables del suicidio

Lauro. Riéndose. Amarra er carnero, que aquí hay yerba. Ahora has tenío gracia. Silencio. Lo que me ha dicho tu padre que acabó, fué lo otro.

Juan María. ¿Lo otro?

Lauro. Lo formá: lo zerio: lo que por poco me tiene á mí en la verja hasta el amanecé.

Juan María. Ah, sí. Acabó enteramente.

Lauro. Pero, ¿arrancaste las raíces ó cortaste la mata na más?

Juan María. Las raíces eran tan tiernas todavía que no me costó gran trabajo arrancarlas.

Lauro. Porque tú lo dices lo creo; pero me he engañao. Er cariz de la coza era otro.

Juan María. ¿Sí? ¿Cuál era el cariz?

Lauro. Er cariz era er de ezas zemiyas que no brotan á fló de tierra hasta que no están bien agarrás por abajo.

Juan María. Ya. Pues no, no: aquello vino y se fué con las golondrinas

Lauro. Las golondrinas güerven.

Juan María. Algunas, no. Esta, no.

Lauro. Señalando un retrato de Isabel que hay sobre la mesa. Por ezo te dejó un retrato.

Juan María. Es verdad; que está ahí un retrato de ella. Lo que tú no repares...

Lauro. ¡Azí que lo tienes recatao!

Juan María. Ahí lo puse al volver de allá... y ahí se quedó.

Lauro. Ya me lo figuro. En zu caza estuve yo el otro día con una carga e durce que me dió Dolores pa eya.

Juan María. ¿De dulce?

Lauro. ¡Claro! ¿De qué había e zé? ¡Estoy cazao con un merengue!

Juan María. ¿Y la viste?

Lauro. ¡Pos no que no! Una hora me entretuvo charlando. ¡No me dejaba irme! Está... está mimbreña.

Juan María. ¿Cómo dices que está?

Lauro. Mimbreña.

Llega DON LEONCIO por la puerta del foro.

Don Leoncio. ¿Hola? ¿De palique?

Lauro. Despidiéndome der zeñorito. Con que, ¿quiés argo pa ayá, Juan María?

Juan María. Dale recuerdos á Dolores. Y dile de mi parte que hay muchas cosas bastante más temibles que los túneles.

Lauro. Ze lo diré.

Juan María. Anda con Dios. Hasta que vaya yo á conocer la huerta nueva.

Lauro. No lo verán miz ojos.

Don Leoncio. Maliciosamente. Sí; sí irá.

Juan María. ¿Que iré?

Don Leoncio. ¿No acabas de ofrecerlo? Irá, Lauro, irá. Tú has de ver como irá.

Lauro. Pos ezo es lo que yo dezeo. Que haya zalú. Usté y yo, don Leoncio, nos despediremos mañana. Güenas noches.

Juan María. Que lo pases bien, Lauro.

Don Leoncio. Adiós.

Vase Lauro por la puerta del foro, hacia la izquierda.

Juan María. ¿Ha llegado alguien?

Don Leoncio. Empiezan á llegar los habituales contertulios. Ahí están ya tu tía Mercedes y el general Reguera. Dos siglos y medio.

Juan María. ¿Dos y medio?

Don Leoncio. Sí: un siglo tu tía, otro el general, y medio siglo el bisoñé del general. Los he dejado solos para que se hagan el amor. ¿Tú sigues en la misma idea?

Juan María. Ah, sí. Esta noche, sí. No estoy en casa para nadie.

Don Leoncio. ¿Para nadie absolutamente?

Juan María. Absolutamente.

Don Leoncio. Me gusta esa entereza de carácter. Eres de roble.

Juan María. ¿Se burla usted?

Don Leoncio. ¡Nunca! Dios me libre.

Juan María. No sé qué hay de ridículo, para que usted adopte esa actitud zumbona, en que yo no tenga gana de ver gente y me encierre aquí como un fraile cartujo.

Don Leoncio. ¿Vas á trabajar?

Juan María. Quizás... Ya veremos .. Es posible...

Don Leoncio. «Quizás... Ya veremos... Es posible...» Vale el dinero esa contestación.

Juan María. Señor, trabajaré ó no trabajaré, según se me ocurra. Si trabajo, trabajo, y si no trabajo, no trabajo.

Don Leoncio. Cállate, que asustas, como Shakespeare.

Juan María. ¡Vaya!

Don Leoncio. «Si trabajo, trabajo, y si no trabajo, no trabajo...» Quédate con Dios, que los artistas debeis aprovechar estos momentos luminosos.

Juan María. Sonriendo. Sí, sí; ande usted al salón, papá; ande usted al salón.

Don Leoncio. Hago que me voy... y vuelvo. Escúchame.

Juan María. ¡Buena está la noche!

Don Leoncio. Me asalta una idea extraordinaria, sin duda de respirar tu atmósfera. Si viniera Isabel Lozano...

Juan María. Si viniera Isabel Lozano tampoco saldría yo de aquí.

Don Leoncio. ¡Ah! ¿Tampoco? ¡Eso está muy bien! Y yo sin haber dado en ello.

Juan María. Se ría usted ó no, cabalmente porque

ahora acostumbra venir Isabel Lozano, me quito de en medio algunas noches. La gente es plebeya y chismosa, y puede atribuir á las visitas de Isabel una intención que de fijo no tienen; y eso debe evitarlo mi delicadeza.

Don Leoncio. Bravo, bravo. Siempre ves las cosas desde la cumbre. Pero al águila, que eres tú, le pregunta la codorniz, que soy yo: con semejantes escrúpulos de delicadeza, ¿por qué no te vas á la calle?

Juan María. ¿Y qué tengo yo que hacer en la calle?

Don Leoncio. Hijo mío, me aturdes; me anonadas. Todas las noches sales á la calle, sin duda porque tienes algo que hacer: esta noche, que acaso venga Isabel Lozano, no sales á la calle. «¿Qué tienes tú que hacer en la calle?» Concluyente: definitivo, como se dice ahora.

Juan María. Mire usted, papá, ¿quiere usted dejarme tranquilo?

Don Leoncio. Dejarte, sí; tranquilo... no depende de mi voluntad.

Sale MOYITA presuroso por la puerta del foro, y se sorprende de hallar á Juan María.

Moyita. Ah, ¿pero estás aquí? Buenas noches.

Don Leoncio. Buenas noches.

Juan María. Hola, Manolo.

Moyita. ¿Estás aquí?

Don Leoncio. No, señor; ha salido.

Moyita. Eso me dijo doña Mercedes.

Juan María. Y *he salido*, ¿eh?

Moyita. Ah, vamos; ya entiendo. Pues, chico, perdona esta invasión, pero venía á ponerle dos letras á mi mediquillo.

Juan María. Escribe lo que quieras. ¿Te ocurre alguna novedad?

Moyita. Con el semblante iluminado. Hombre... novedad... Te diré, te diré... Bueno, prométanme ustedes no reirse.

Don Leoncio. ¿Aunque tenga gracia lo que usted cuente?

Moyita. ¡Este don Leoncio!...

Juan María. Yo me estoy figurando algo...

Moyita. ¿Sí, verdad? ¡Eso es! ¡Por ahí van los tiros! **Emocionándose por puntos.** Esta tarde le mandé á mi hermana mi coche para que luego fuera al teatro... y Aurorita y yo, por no alquilar un pesetero... nos hemos venido acá en el tranvía...

Juan María ¿Y qué?

Moyita. ¡Que se me ha mareado en el tranvía!

Juan María ¡Chico! ¿Qué me cuentas?

Moyita. Así, así. Y un mareo inconfundible, ¿sabes? Estoy contentísimo.

Don Leoncio ¿Le alegra á usted que se le maree la señora en el tranvía?

Moyita. ¡Por lo que significa, don Leoncio! Además, yo sumo observaciones. Anoche tuvo un antojito.

Don Leoncio. ¿Anoche?

Moyita. Sí, señor. Me pidió chocolate con picatostes.

Don Leoncio. ¡Diablo! Me está usted poniendo en aprensión, querido Moyita.

Moyita. ¿Por qué?

Don Leoncio. Porque el chocolate con picatostes se me antoja á mí muy á menudo... y porque suelo marearme en el tranvía.

Moyita. ¡Ja, ja, ja! **Se ríe á carcajadas, mitad de felicidad, mitad del chiste.**

Don Leoncio. Hasta ahora.

Moyita. Hasta ahora, don Leoncio.

Juan María Cuando vengan Jorge y Rafael ó alguno de esos que pasen aquí con pretexto de que van al billar.

Don Leoncio. Bien; bien: yo lo diré con todo el misterio que las circunstancias requieren.

Moyita. Jorge entraba con Julia al tiempo que yo.

Don Leoncio Pues lo mandaré para acá. Y usted, Manolo, no se preocupe por su señora: yo me encargo de seguir mareándola. *Se va por la puerta del foro, hacia la derecha.*

Moyita. ¡Je! Tu padre siempre tan bromista. Con tu permiso voy á escribir esas dos letras.

Juan María. Celebraré infinito que el médico confirme tus esperanzas.

Moyita. *Mientras escribe, sentado á la mesa de Juan María.* ¡Ay, si Dios quisiera! Sí, porque, la verdad, muchacho, el matrimonio es una dulce cadena, incompleta sin los eslaboncillos de los hijos. No es que se entibie el cariño entre la esposa y el esposo... ¡no! ¡eso no! Es que los hombres vivimos mucho fuera de casa... y á lo mejor hay encuentros... hay peligros... restos de la vida anterior que las olas arrojan á la playa... —¡vaya una frase! —y siempre es conveniente la voz de un hijo, fruto de tus entrañas... fruto de... fruto de .. Bueno, tú me entiendes. Me voy á equivocar si continúo.

Juan María. Tú te lo dices todo.

Moyita. ¡Es mucho cuento este de la vida!... *Termina su carta en silencio, la relee y se la guarda en la cartera.* Ya estamos listos. A ver lo que me dice mañana. Es un médico de un ojo admirable.

Juan María. ¿Sí, eh?

Moyita. Ve desde una legua. El caso de Amparito Gordo no puede ser más elocuente. Lo llamó, llegó, y no hizo más que pulsarla y le dijo:—Que sea enhorabuena.

Juan María. ¿Y acertó?

Moyita. ¿Cómo que si acertó? A los dos meses tuvo un chico.

Juan María. ¿A los dos meses?

Moyita. A los dos años he querido decir. Me he equivocado.

Juan María. ¡Pues sí que es ojo clínico!

Por la puerta del foro llega JORGE.

Jorge. ¡Salud, compañeros!

Moyita. ¡Schsss!

Jorge. ¿Qué sucede?

Moyita. No grites, que este no está en casa.

Jorge. Ya lo sé.

Juan María. Ven con Dios. ¿Y Julia?

Jorge. Buena. Tararea una música popular.

Moyita. Que te calles, que este no está en casa.

Jorge. ¡Pero si el que canta soy yo! ¿Y á qué se debe esta encerrona, Juan María? ¿Cómo no te has lanzado á la calle?

Juan María. Me dió pereza de salir... Y no estoy de humor de tertulia.

Jorge. Pues ahí la tienes ya.

Juan María. ¿Cómo?

Jorge. Que ahí la tienes ya.

Juan María. ¿A quién?

Jorge. ¡A la Cibeles!

Moyita. Tanto disimulo ya es tonto, Juan María.

Juan María. Pero ¿qué estais hablando?

Moyita. Anoche se dijo en casa de Valle Florido que andas haciendo números por ella.

Juan María. ¡Ah, vamos!

Jorge. Ahora cae, ¿sabes?

Juan María. Un poeta, Moyita, no puede hacer números por ninguna mujer: hará versos en todo caso.

Moyita. ¡Llámale hache!

Juan María. Sí: las señas no mienten: ella viene aquí, y yo ni siquiera salgo á verla...

Jorge. ¡Ni te lo aconsejo! Esos son otros López.

Juan María. ¿Por qué?

Jorge. Porque se ha presentado esta noche de un guapo tan subido de punto, como para que hicieras en plazo breve la misma zanganada que hice yo en plazo no lejano.

Moyita. ¡Hombre! ¡hombre!

Juan María. ¡Ja, ja, ja!

Jorge. Sí, Manolo, sí: no le des vueltas. Casarse es una barbaridad con letra mayúscula. Barbaridad: estoy viendo la be de burro.

Moyita. ¡Y llevas poco más de tres meses!...

Jorge. Horrorizado. ¡Qué será luego! A Juan María. Chico, tú no sabes aún lo que es aburrirse en este mundo. ¡Oh! ¡Qué tardes de la Castellana, sin poder mirar ni de reojo á ninguna amiga del corazón! ¡En que todo el aliciente consiste en que pase el suegro y en saludarlo con la manita!...

Juan María. Me han dicho que anda delicadillo del estómago.

Jorge. No envenenes tu puñal, Juan María. Desde que me endosó á la nena...

Moyita. ¡Me endosó, me endosó!...

Jorge. ¡Se toma cada jarro de cerveza negra y cada bistec con mostaza!... ¡Oh! ¡qué hombre! ¡Nos entierra á todos! La idea del mausoleo que yo acariciaba se me desvanece por minutos.

Moyita. Mira, Jorge, bromas aparte, lejos de renegar del matrimonio debieras darle gracias á Dios por la mujer que te ha tocado en suerte.

Juan María. Esa sí es la verdad: Julia es un tesoro.

Jorge. ¡Porque es un *tesoro* me casé!... Si no, ¿quién me atrapa? Y yo lo comprendo: mi mujer es un ángel, un ángel...

Juan María. Te resiste á ti...

Jorge. Pero no tiene más que una nota. ¡Ay, qué soporífero es el hogar! ¡Dichoso hogar! Con deciros que Wagner me ha llegado á parecer un autor de polkitas... ¡No te cases, Juan María! ¡No te cases nunca! Rechaza toda tentación. El matrimonio es una llanura de la Mancha: dos que andan y que andan y que andan... y siempre ven lo mismo. ¡Cuando me acuerdo de la Pompital...

Moyita. No seas animal.

Juan María. Déjalo que se desahogue.

Jorge. La Pompita era para mí un mundo entero. ¡Cuantísimas facetas!... Unas veces era mi amante; otras veces era mi novia por lo fino; otras era mi prestamista; otras mi patrona; otras mi chula; otras una tía carnal que me daba consejos prudentes; otras... ¡qué sé yo! Siempre era lo que á mí me hacía falta. ¡Que es lo que necesita un hombre!

Moyita. Pero ¿tú oyes esto, Juan María?

Juan María. Con pena lo oigo; pero lo oigo... y tal vez aprendo. ¡Es tan natural lo que le ocurre!... La vida egoista y liviana del corazón nos lo quebranta para el amor verdadero, que tiene tanto de regalo como de sacrificio. Con gotas de su sangre, no más que con gotas, solemos pagar la ofrenda de corazones enteros, que desdeñamos brutalmente; y cuando queremos toda nuestra sangre, ansiosos de ofrecérsela á un corazón, volvemos con dolor los ojos para mirar la que derramamos por el camino, gota á gota. Y ese es nuestro castigo: no poder querer como se nos quiere.

Jorge. Ah, es que si yo quisiera á mi mujer como ella á mí... ¡apaga y vámonos! A Moyita y á Aurora íbamos á dejar en pañales.

Juan María. Ríete, ríete de Moyita: él supo buscar su compañera, y por nadie se cambia. ¡Dichoso él!

Moyita sopla.

Jorge. A mí lo que no me cabe en la cabeza es que, al cabo de los años, no se la haya pegado á su mujer todavía.

Moyita vuelve á soplar y se turba visiblemente

Juan María. Ese es su orgullo: no pecar como todos pecan en este mundo frágil.

Jorge. ¡Es el único! ¡el único!

Moyita no puede resistir la presión atmosférica y decide marcharse.

Moyita. Bueno, yo me voy allá dentro... No vaya á llamar la atención... Hasta luego, ¿eh? ¿Qué me decíais? Ah, no... nada. Hasta luego. Vase por la puerta del foro, tropezando.

Jorge. ¿Tú has visto, Juan María?

Juan María. ¡Qué decepción! ¡El incorruptible Moyita! Porque es seguro: ¡se la ha pegado á su mujer!

Jorge. ¡Segurísimo! ¡Pues ya tiene matraca toda la noche! ¡Ahora verá ese hipócrita! Y te voy á hacer una revelación: Moyita era el único dique que me contenía hasta la fecha: mañana le contesto á la Pompita, que ya me ha escrito un par de cartas.

Juan María ¡Jorge! ¡Ten vergüenza!

Jorge. ¡Chico! ¡Me pides unas cosas de pronto!... Abur. Vase en persecución de Moyita, tarareando.

Juan María. Adiós. Pasea en silencio unos momentos, fumando un cigarrillo. Mejor estoy solo. Todo cuanto me hablan los demás viene á parar en lo mismo: en ella. Los enamorados no oyen más que su propia voz... Pausa. Que por ahí se dice... que por ahí se asegura... La verdad, la verdad destruyendo toda la trama del disimulo... Nueva pausa. ¿Le preguntarán á ella lo mismo que á mí? ¿Pasará por estas mismas torturas? La vida daría por saberlo. Vuelve á callar. He debido salir. Sentirla y no verla es mayor tormento que ninguno... Ni sé lo que quiero ni sé lo que no quiero... ni nada sé... No sé más que á ella sola veo. Calla otra vez y á poco se sienta á la mesa. Coge unas cuartillas y, con abandono, empieza á escribir. La pluma, sin que mi mano la guíe, escribe ya su nombre .. ¡Bah! Es inútil. Se levanta. Me obsesiona la idea de que está á veinte pasos de mí. Saldré, saldré á la calle. Es lo mejor. Entre estas paredes me ahogo... Entrase por la puerta de la izquierda.

Queda solo el estudio. Al cabo de algunos instantes, cautelosa y llena de temor, llega ISABEL.

Isabel. Con sorpresa. ¿Pues cómo hay aquí luz? Tal

vez el criado... De todos modos... ninguna ocasión mejor que esta... **Busca ansiosa entre todos los retratos el suyo.** ¿Dónde está?... ¿dónde está?.. ¡Dios mío de mi vida! ¡Cuántas mujeres!... ¿Será posible que esté aquí?... Vengo por él... y lo sentiría. No está, no está... Lo tiene muy guardado. **Viéndolo de repente.** ¡Ah! Lo tiene en su mesa. **Va á acercarse para cogerlo y la llama la atención la cuartilla comenzada a escribir.** ¿Eh? ¿Qué es esto?... Mi nombre. **Lee, sin tocar la cuartilla.**

«Isabel.

¿Por qué si estás en mí no estás conmigo?...»

No ha escrito mas... **Con suprema emoción.**

«¿Por qué si estás en mí no estás conmigo?...»

Sale JUAN MARÍA.

Juan María. ¿Quién ha entrado? ¡Isabel!

Isabel. ¡Jesús!

Juan María. ¡Isabel! ¡Alma mía!

Isabel. Déjame: creí que no estabas. Me engañaron.

Juan María. No.

Isabel. Déjame.

Juan María. No te vayas ahora, Isabel. ¿Por qué viniste?

Isabel. ¿No lo sabes?

Juan María. No.

Isabel. Por lo único mío que hay aquí: por mi retrato.

Juan María. Mucho más que tu retrato hay aquí tuyo.

Isabel. Pues con él me conformo: te regalo todo lo demás.

Juan María. Pues yo te lo daré cuando me oigas.

Isabel. No; más oirte no, Juan María.

Juan María. ¿Por qué no?

Isabel. Porque te oí una vez, y tus palabras engañosas me hicieron luego llorar mucho.

Juan María. Tal vez ese llanto fué rocío que necesitaba mi corazón para despertar á una luz nueva. Oyeme, Isabel.

Isabel. No quiero, Juan María.

Juan María. Pero ¿es que al llegar no me has oído ya antes que yo viniera? ¿No escuchaste tu nombre en el aire? Yo aquí, sin ti, sueño y hablo á solas contigo. ¿No me oiste al entrar?

Isabel. No, Juan María, no: empezaron todas estas mujeres á hablar á un tiempo, y no te oí: te aseguro que no te oí.

Juan María. Oh, pues ahora has de oirme.

Isabel. ¿Para qué?

Juan María. Para descubrirte el fondo de mi alma; para que sepas tú que yo mismo me acuso; que sé que fuí traicionero y liviano; que ofendí tu amor con mi frivolidad egoista...

Isabel. Sin oirlo de tus labios sabía yo todo eso. Como no digas algo más... Déjame salir.

Juan María. No será sin que escuches lo que no sabes.

Isabel. De ti lo sé todo, Juan María.

Juan María. ¿Y sabes que no puedo vivir sin ti?

Isabel. Sin ti no podía vivir yo... y dejaste que me muriera.

Juan María. Pues ya que la sufriste, Isabel, no me castigues á mí con pena tan grande. Yo no puedo vivir sin ti. Tuyos son mis sueños; tuyo es mi despertar; tuyos mis ocios y mis trabajos. Mi mano sólo escribe tu nombre. Te veo en todo lugar, en todo sitio, y cuando no te veo se me figura que voy á verte. Frente á tu retrato escribo y leo, y una corriente ideal le lleva para ti lo mejor de mi alma. Y el retrato me mira, y me riñe, y me acusa, y me llora... y yo... yo... cuando mejor quiero defenderme, lo beso.

Isabel. Palabras, palabras... frases bonitas, hojaras-

ca, versos que suenan bien... Tus más sinceras palabras están en tus versos, y puedes quemarlos todos juntos, que no quemas ninguna verdad de tu vida.

Juan María. Mis más sinceras palabras están ahora mismo en mis labios.

Isabel. Pues lléveselas el aire también con las cenizas de tus versos.

Juan María. ¿Pero no me crees?

Isabel. No.

Juan María. ¿No estás viendo la verdad en mis ojos?

Isabel. No.

Juan María. ¿Ni aun mirando que lloran?

Isabel. No lloran, no.

Juan María. ¿Por qué he de jurarte?

Isabel. Por nada. Por cuanto hay en el cielo y en la tierra me has jurado en falso mil veces. Como me sonó á verdad, no lo olvidé. Me has jurado que me querías por la luz de mis ojos y por la risa de mi boca; por mis manos, que se enlazaban á las tuyas cándidamente; por por mi vida, que querías para ti; por el aire que respirábamos juntos; por las flores que juntos cogíamos; por la tierra que íbamos pisando; por la luna que nos miraba desde el cielo; por la luz del sol, que burlábamos entre la sombra de los árboles. ¿Qué te queda ya para jurar, Juan María? Que haga Dios otro mundo y que forme otro cielo para que tú me jures por ellos que me quieres, y tal vez entonces te crea.

Juan María. Isabel, vida de mi vida, mira que mi culpa no es otra que no haber sabido que te adoraba.

Isabel. ¿No lo sabías y me lo juraste por todo eso?

Juan María. Ven acá, Isabel...

Isabel. Déjame.

Juan María. Mira que Dios va á hacer ese mundo nuevo de que tú hablas para ti y para mí. Para ti, porque lo mereces; para mí, porque quiero de veras merecerlo.

Isabel. Vacilante, conmovida. Déjame, no te acerques... ¿Por qué vine aquí? ¿Quién me trajo?

Juan María. Mi voz, que te llamaba en silencio. Abreme tu alma, Isabel. En mis horas de insomnio, hay algo que me dice que tú no debes ser más que mía: en las tuyas, si también las tienes, ¿no hay nada que te diga que yo pueda ser tuyo?

Isabel. Entre lágrimas. No, Juan María, no... Yo ya no te quiero; no te puedo querer...

Juan María. ¡Sí!

Isabel. ¡No! No te puedo querer... no te quiero...

Juan María. ¡Yo á ti, sí!

Isabel. Tú á mí tampoco, Juan María. Tú gastaste tu corazón en otros amores, y llegaste á mí á ofrecerme lo que ya no tenías: por eso hiciste lo que hiciste. Yo puse en tus manos mi corazón entero... y tú me dejaste sin él. Mi pena es mayor que la tuya. No te quiero, no... no te quiero... No puedo quererte... no te quiero...

Juan María. Isabel, alma mía, sigue diciéndome así que no me quieres... ¿Me perdonas?

Isabel. Perdonarte, sí... pero no te quiero, no te quiero...

Juan María. ¿Te pesa haber venido aquí esta noche?...

Isabel. No... no me pesa, no... pero no te quiero...

Juan María. Entonces... ¿te llevarás tu retrato... que es por lo que viniste?

Isabel. Bueno... sí... me lo llevaré... porque... porque no te quiero, no te quiero...

Pausa. Se miran.

Juan María. De pronto. ¿Eh?

Isabel. ¿Qué ocurre?

Juan María. Alguien llega.

Isabel. Me voy yo.

Juan María. ¿Y si te ven salir de aquí?

Isabel. Pues vete tú: que no te vean conmigo.

Juan María. Mejor. Entrase rápidamente por la puerta de la izquierda.

Sale DON LEONCIO, picado de curiosidad. Isabel finge que busca un libro.

Don Leoncio. ¡Muchacha! ¿Tú aquí sola?

Isabel. ¡Oh! Don Leoncio.

Don Leoncio. ¿Qué haces aquí sola?

Isabel. Buscaba un libro que me ha ofrecido Juan María... Como él no está...

Don Leoncio. Es verdad, que esta noche no está... ¿Y qué libro es ese?

Isabel. Uno de versos...

Don Leoncio. ¿Con que uno de versos?...

Isabel. Sí, señor: muy bonito.

Don Leoncio. Muy bonito... Con sorna. Buscas un libro de versos muy bonito...

Isabel. Observándolo recelosa. Pero no doy con él...

Don Leoncio. ¡Caramba, qué contrariedad! Pues mira, si de aquí á poco no lo encuentras, llamas á Juan María, que está ahí escondido escuchándome, y entre él y tú, busca buscando, dareis al fin con el libro más interesante y más bello de cuantos se han escrito. Hasta luego, hija mía.

Isabel. Turbada. Don Leoncio...

Don Leoncio. ¡Isabel!... ¿De qué me serviría á mí haber amado lo que he amado en este mundo, si ahora no comprendiese que estorbo? Buenas noches. Se va por donde llegó sonriéndose. JUAN MARÍA sale sonriéndose también.

Isabel. ¿Tú has oído? Me ha puesto colorada.

Juan María. Pero tiene razón, Isabel. Fía en sus palabras, ya que las mías aún las escuchas con recelo. Entre los dos podemos encontrar ese libro tan bello, en que sólo saben leer los que bien se aman, porque sólo está escrito en los ojos de los enamorados.

Isabel. Pues si quieres leer claro en los míos, para que mejor leas, Juan María, no vuelvas á hacerlos llorar.

Juan María. No temas, Isabel. Sé ya cuánto valen sus lágrimas. Ellas me enseñaron á conocer qué distinta cosa son en la vida del corazón amores y amoríos... Amoríos, hojas sueltas de flores distintas... Amores, hojas juntas de una sola flor, como tú. Inquietan y agostan y fatigan el corazón los amoríos, y en un amor como el tuyo, descansa ¡Descansa, corazón!

Isabel. ¡Descansa!

FIN DE LA COMEDIA

Madrid, Junio 1908.

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

Esgrima y amor, juguete cómico. (2.ª edición.)

Belén, 12, principal, juguete cómico. (2.ª edición.)

Gilito, juguete cómico lírico. Música del maestro Osuna. (2.ª edición.)

La media naranja, juguete cómico. (3.ª edición.)

El tío de la flauta, juguete cómico. (3.ª edición.)

El ojito derecho, entremés. (3.ª edición.)

La reja, comedia en un acto. (4.ª edición.)

La buena sombra, sainete en tres cuadros, con música del maestro Brull. (6.ª edición.)

El peregrino, zarzuela cómica en un acto. Música del maestro Gómez Zarzuela. (2.ª edición.)

La vida íntima, comedia en dos actos. (3.ª edición.)

Los borrachos, sainete en cuatro cuadros, con música del maestro Giménez. (3.ª edición.)

El chiquillo, entremés. (6.ª edición.)

Las casas de cartón, juguete cómico. (2.ª edición.)

El traje de luces, sainete en tres cuadros, con música de los maestros Caballero y Hermoso. (2.ª edición.)

El patio, comedia en dos actos. (4.ª edición.)

El motete, pasillo con música del maestro José Serrano. (2.ª edición.)

El estreno, zarzuela cómica en tres cuadros. Música del maestro Chapí.

Los Galeotes, comedia en cuatro actos. (3.ª edición.) Traducida al italiano con el título de *I Galeoti* por Giuseppe Paolo Pacchierotti.

La pena, drama en dos cuadros. (2.ª edición.) Traducido al italiano con el mismo título por Giuseppe Paolo Pacchierotti.

La azotea, comedia en un acto. (2.ª edición.)

El género ínfimo, pasillo con música de los maestros Valverde (hijo) y Barrera.

El nido, comedia en dos actos. (3.ª edición.) Traducida al catalán con el título de *Un niu* por Joaquín María de Nadal.

Las flores, comedia en tres actos. (2.ª edición.) Traducida al italiano con el título de *I fiori* por Giuseppe Paolo Pacchierotti.

Los piropos, entremés.

El flechazo, entremés. (2.ª edición.)

El amor en el teatro, capricho literario en cinco cuadros, prólogo y epílogo. (2.ª edición.)

Abanicos y panderetas ó ¡A Sevilla en el botijo! humorada satírica en tres cuadros, con música del maestro Chapí.

La dicha ajena, comedia en tres actos y un prólogo. (2.ª edición.) Traducida al alemán con el título de *Das fremde Glück* por J. Gustavo Rohde.

Pepita Reyes, comedia en dos actos. (2.ª edición.)

Los meritorios, pasillo.

La zahorí, entremés.

La reina mora, sainete en tres cuadros, con música del maestro José Serrano. (2.ª edición.)

Zaragatas, sainete en dos cuadros.

La zagala, comedia en cuatro actos.

La casa de García, comedia en tres actos.

La contrata, apropósito.

El amor que pasa, comedia en dos actos. (2.ª edición.) Traducida al italiano con el título de *L'amore che passa* por Giuseppe Paolo Pacchierotti.

El mal de amores, sainete con música del maestro José Serrano.

El nuevo servidor, humorada.

Mañana de sol, paso de comedia. Traducido al alemán con el título de *Ein sonniger Morgen* por Mary v. Haken.

Fea y con gracia, pasillo con música del maestro Turina.

La aventura de los galeotes, adaptación escénica de un capítulo del *Quijote*.

La musa loca, comedia en tres actos.

La pitanza, entremés.

El amor en solfa, capricho literario en cuatro cuadros y un prólogo, con música de los maestros Chapí y Serrano.

Los chorros del oro, entremés.

Morritos, entremés.

Amor á oscuras, paso de comedia.

La mala sombra, sainete con música del maestro José Serrano. (2.ª edición.)

El genio alegre, comedia en tres actos. (2.ª edición.) Traducida al italiano con el título de *Anima allegra* por Juan Fabré y Oliver y Luigi Motta.

El niño prodigio, comedia en dos actos.

Nanita, nana... entremés con música del maestro José Serrano.

La zancadilla, entremés.

La bella Lucerito, entremés con música del maestro Saco del Valle.

La patria chica, zarzuela en un acto. Música del maestro Chapí.

La vida que vuelve, comedia en dos actos.

A la luz de la luna, paso de comedia.

La escondida senda, comedia en dos actos.

El agua milagrosa, paso de comedia.

Las buñoleras, entremés.

Las de Caín, comedia en tres actos.

Las mil maravillas, zarzuela cómica en cuatro actos y un prólogo. Música del maestro Chapí.

Sangre gorda, entremés.

Amores y amoríos, comedia en cuatro actos.

El patinillo, sainete con música del maestro Gerónimo Giménez.

Doña Clarines, comedia en dos actos. Traducida al italiano con el título de *Siora Chiareta* por Giulio de Frenzi.

El centenario, comedia en tres actos.

La muela del Rey Farfán, zarzuela infantil, cómico-fantástica. Música del maestro Amadeo Vives.

Herida de muerte, paso de comedia.

El último capítulo, paso de comedia.

Pompas y honores, capricho literario en verso por *El diablo cojuelo*.

La madrecita, novela publicada en *El cuento semanal*.

PRECIO: DOS PESETAS

28549

University of Toronto Library

DO NOT REMOVE THE CARD FROM THIS POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED

LS
A4738am.2
Álvarez Quintero, Serafín
Amores y amorios.
488855

DATE
NAME OF BORROWER.

BINDING LIST MAY 7 1949